

Boletín del Instituto Duarteano



Santo Domingo, República Dominicana • Julio – Diciembre 2010 • No. 27



Monumento a Juan Pablo Duarte
obra del escultor italiano Arturo Tomagnini



Notas acerca de
Juan Pablo Duarte



La Pasión de
Juan Pablo



Duarte, el patriota
calumniado



Vigencia de Duarte

Duarte es la Patria

BOLETÍN

DEL
INSTITUTO DUARTIANO



Consejo Editorial

- Prof. José Joaquín Pérez Saviñón
- Dr. Wilson Gómez Ramírez
- Sr. Daniel Nicanor Pichardo Cruz
- Dr. Abelardo Jiménez Lambertus
- Dr. Antonio Thomén
Coordinador

INSTITUTO DUARTIANO
Isabel La Católica Núm. 308
Santo Domingo, Rep. Dominicana
Tels.: 809.687-1436
809.687-1475 • 809.687-5288
Fax: 809.689-0326
<http://institutoduartiano.org.do>
E-mail:
institutoduartiano@gmail.com

BIBLIOTECA DUARTIANA
"Enrique Patín Veloz"
Tel.: 809.682-3761
E-mail:
bibliotecduarte@gmail.com

— Edición: No. 27 —

Julio-Diciembre 2010

Diagramación y diseño de portada:
Harold M. Frías Maggiolo

Impresión:
Gráfica Willian, C. por A.
c/Arzobispo Meriño No. 261
Ciudad Colonial, Sto. Dgo. R. D.
Tel.: (809) 682-1532
Fax: (809) 686-7749
Impreso en República Dominicana

**Los trabajos reproducidos
en el presente boletín
no representan
necesariamente el criterio
del Instituto Duarteano.**

ÍNDICE

Liminar	3
Notas acerca de Juan Pablo Duarte	
<i>Juan Bosch</i>	5
La verdadera historia	
<i>José J. Pérez Saviñón</i>	13
Duarte, el patriota calumniado	
<i>Juan Daniel Balcácer</i>	21
Casa natal de Duarte	
<i>Enrique Patín Veloz</i>	37
Vigencia de Duarte	
<i>Roberto Cassá</i>	45
Conversando con Juan Pablo Duarte	
<i>José Rafael Sosa</i>	51
La pasión de Juan Pablo	
<i>Pedro Troncoso Sánchez</i>	55
El amor en los tiempos del cólera	
<i>Marcos Díaz Guillén</i>	135

PORTADA:

Vista parcial del monumento a Juan Pablo Duarte por el escultor italiano Arturo Tomagnini.

INSTITUTO DUARTIANO

Directiva 2010-2013

Dr. Mariano Lebrón Saviñón

Miembro Emeritus Ad Vitam

Orden del Mérito Duarteano

PRESIDENTE DE HONOR

Prof. José Joaquín Pérez Saviñón

Orden del Mérito Duarteano

PRESIDENTE

Dr. Wilson Gómez Ramírez

Miembro Emeritus Ad Vitam

PRIMER VICEPRESIDENTE

Don Daniel Nicanor Pichardo Cruz

Miembro Emeritus Ad Vitam

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Prof. Carlos Acosta Piña

Miembro Emeritus Ad Vitam

TESORERO

Lic. Víctor C. Zabala Sánchez

GOBERNADOR

VOCAL

Gral. Dr. Rafael L. Pérez Pérez

Miembro Emeritus Ad Vitam

Dr. Abelardo Jiménez Lambertus

Miembro Emeritus Ad Vitam

Doña Miriam Brea de Miniño

Dr. Julio Manuel Rodríguez Grullón

Miembro Emeritus Ad Vitam

Lic. Nelly García

Arq. Jacinto Pichardo Vicioso

Liminar

Este Boletín, órgano del Instituto Duarteño, tiene como norte ilustrar a la ciudadanía acerca de todas las facetas de la vida, el pensamiento, los ideales y la obra de nuestro Padre Fundador. En sus páginas publicamos los trabajos (ensayos, estudios, artículos, opiniones, poemas) que puedan ilustrar a los dominicanos acerca de nuestro Héroe Máximo.

Juan Pablo Duarte ha sido objeto de controversias, vilipendios, injurias e invectivas, empero, con el tiempo y gracias a quienes sienten orgullo de proclamarse dominicanos, la verdad continúa resplandeciendo con más fuerza cada día.

Duarte es nuestro paradigma permanente. Podemos decir con orgullo que —a pesar de sus detractores— nuestro Juan Pablo ha sido reconocido por los más conspicuos historiadores, cultores de nuestra identidad, por honestos personajes vernáculos y de tierras foráneas, como el hombre que intuyó, plasmó y realizó, conjuntamente con sus seguidores, la realidad quisqueyana.

Pese a los que él llamó orcopolitas, a los traidores de siempre, a los iscaríotes, a los consabidos Satanás, Duarte resplandece y se agiganta más cada día. y también es necesario seguir su ejemplo diariamente ante los peligros que ciernen sobre la Patria. Muchos de esos peligros conviven con nosotros y otros nos amenazan constantemente desde fuera.

Por tanto y siempre debemos conocer a nuestro progenitor a fondo e imitar su patriotismo, su vocación de abnegado sacrificio, de ejemplar moralidad y de amor por el terruño. Ese es nuestro motivo de ser y nuestra invariable meta.

COMITÉ EDITORIAL



Juan Pablo Duarte. Dibujo al crayón por Gonzalo Briones, basado en una fotografía tomada en Caracas por Próspero Rey. Fuente: *Episodios Duarteños*, por Pedro Troncoso Sánchez.



Notas acerca de Juan Pablo Duarte*

JUAN BOSCH

De Juan Pablo Duarte se han dicho muchas cosas, pero al pueblo dominicano no se le ha explicado lo que él hizo ni se le ha dicho qué fue lo más importante de lo que hizo y en qué consiste su importancia.

Lo primero que hizo Duarte fue creer, como lo creyó, que en un país que para el año de la fundación de La Trinitaria (1838) no debía tener más de cien mil habitantes, si es que llegaba a tenerlos, pudiera establecerse una república independiente capaz de sostenerse durante mucho tiempo. Para esos días el territorio dominicano debía ser por lo menos de unos cincuenta mil kilómetros cuadrados, y si calcularnos que cada familia podía estar compuesta de cinco personas, tendríamos que nuestro pueblo no pasaba de veinte mil familias, lo que equivale a decir que en cada cinco kilómetros cuadrados debían vivir dos familias. Pero eso no era cierto, porque del total de familias, dos mil por lo menos debían vivir en las ciudades más importantes, que eran Santo Domingo, Santiago y Puerto Plata, y esas tres ciudades difícilmente podían ocupar más de diez kilómetros cuadrados. Los

* Este artículo fue gentilmente proporcionado al Instituto Duarteño por el distinguido poeta duartiano don Tomás Castro Burdiez.

demás centros donde vivían varias familias eran pueblos pequeños. Por ejemplo, algunos años después de la independencia en Constanza había sólo una familia que había ido desde Jarabacoa, y probablemente para el 1838 en Jarabacoa no vivirían más de diez o doce familias. Por otra parte, como no había carreteras que comunicaran las diversas regiones del país, las veinte mil familias que tal vez formaban nuestra población vivían aisladas unas de otras, excepto en las ciudades y en los pueblos, pero además vivíamos aislados del mundo. Y sin embargo, Juan Pablo Duarte tuvo el coraje de creer que en un territorio pequeño, deshabitado e incomunicado interior y exteriormente podía establecerse una república. Para creer eso era necesario tener una fe inmovible en la capacidad de lucha del pueblo dominicano y Duarte la tuvo.

Calidad y cantidad

Una cosa es tener una creencia y poner en ella la fe de que es capaz el alma humana y otra cosa es dedicarse a convertir esa creencia en realidad, y Duarte fue capaz de hacer esto último. Ahora bien, para hacerlo tuvo que escoger un método de organización de los dominicanos que pudiera dar resultados, y lo que debe sorprendernos es que el método escogido fuera el de fundar una asociación secreta formada por doce hombres, todos jóvenes, que el propio Duarte escogió tomando en cuenta sus condiciones intelectuales, morales y hasta físicas; es decir, tomando en cuenta su calidad. Para Duarte, la lucha que debía llevarse a cabo tenía que ser organizada partiendo de la calidad política y humana de los que iban a dirigirla.

¿Escogió Duarte ese método de manera consciente o por instinto?

Lo escogió por instinto, pues en el tiempo en que fundó La Trinitaria él no podía tener la menor idea de que hay un proceso dialéctico que convierte la calidad en cantidad, y ésa era la función que les tocaba a los trinitarios, doce jóvenes elegidos porque tenían cualidades (es decir, calidad) que les permitirían arrastrar a muchos hombres (es decir, cantidad) a las filas de los partidarios del establecimiento de la República Dominicana.

...permitirían arrastrar a muchos hombres (es decir, cantidad) a las filas de los partidarios del establecimiento de la República Dominicana.

La Trinitaria quedó fundada con nueve miembros el 16 de julio de 1838, y exactamente treintiocho años después, el 16 de julio de 1876, sería sepultado en Caracas el cuerpo de Juan Pablo Duarte. Empezando por él mismo, los trinitarios que se reunieron en esa fecha fueron Jacinto de la Concha, José María Serra (que fue el único que dejó escritos datos sobre La Trinitaria), Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez, Félix María Ruiz, Felipe Alfau y Benito González. Poco después, no se sabe si algunos días o algunas semanas más tarde pero seguramente no demasiado tiempo después, quedaron incorporados a La Trinitaria Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella y Vicente Celestino Duarte, el hermano del fundador, y a esos tres se les dio el rango de coroneles de los ejércitos de la República (que iban a ser creados seis años des-

pués y no por los trinitarios sino por Santana), mientras a Duarte se le dio el de general en jefe. La Trinitaria, por otra parte, quedó organizada por cuatro grupos de tres miembros cada uno. Cada uno de los miembros se comprometió a conquistar hombres para la acción libertadora o separatista sin decirle a ninguno de los conquistados que había por lo menos diez grupos más iguales a ése del cual él formaba parte; y decimos diez más porque no hay constancia histórica de que Duarte formara uno de esos grupos, cosa que se explica porque seguramente a él le tocaría la tarea de dirigir a sus once compañeros. Fue el hecho de que once trinitarios formaran once grupos de partidarios de la independencia lo que convirtió la calidad de los once trinitarios en la cantidad de los que años después iban a participar en la fundación de la República Dominicana y en las luchas armadas contra Haití, que iban a durar hasta 1855.

Ideología y política

Para fundar esa organización secreta y celular (en células de tres miembros) llamada La Trinitaria, Duarte tuvo que predicarles a los futuros trinitarios una ideología, pero seguramente lo hizo, por lo menos hasta donde sabemos, en términos organizativos; es decir, les explicó cómo iba a funcionar la república que debía ser establecida por ellos. Lo que era una república y lo que ésta debía significar para el pueblo era más o menos bien conocido por todos los que formaban La Trinitaria debido a que hacía muchos años que había repúblicas establecidas en varios países. La misma República de Haití, de la cual



Duarte y los trinitarios. Dibujo por Gonzalo Briones, tomado de *Episodios Duarteños*, por Pedro Troncoso Sánchez.

formaba parte el territorio dominicano, había nacido el 12 de enero de 1804, es decir, hacía treinticuatro años, y desde los Estados Unidos hasta la Argentina, la mayor parte del Nuevo Mundo estaba sembrado de repúblicas. De todos modos, para afirmar la unidad del pensamiento político de los trinitarios Duarte escribió por lo menos un proyecto de Constitución de lo que iba a ser la República Dominicana.

Eso era importante, pero más importante fue el paso táctico de aliarse a los haitianos que conspiraban para derrocar el gobierno de Jean Pierre Boyer, que era presidente de Haití desde el año 1818 y en su condición de presidente de Haití estaba gobernando a los dominicanos desde el mes de febrero de 1822. Debemos explicar que Boyer no era un tirano ni gobernaba el territorio dominicano como si fuera país conquistado militarmente, pero no era tampoco un político brillante ni cosa parecida; y

la crisis mundial que se había desatado el año de 1836 en el mundo capitalista (cuyo centro se hallaba entonces en Europa, y de manera particular en Inglaterra, y no, como sucede ahora, en los Estados Unidos) produjo entre los haitianos y los dominicanos una situación de malestar tan grande que provocó la necesidad de cambiar de gobierno y dio paso a la organización de la conspiración que iba a desembocar en la llamada Revolución de la Reforma, conocida también con el nombre de Praslin porque fue el sitio donde se inició el 27 de enero de 1843. Praslin era una finca que tenía en las vecindades de la ciudad haitiana de Los Cayos el coronel Charles Herard ainé (palabra que significa padre o mayor de edad), conocido en la historia dominicana con el nombre de Rivière Herard. Charles Herard sería el sucesor de Boyer y por tanto el presidente de Haití cuando los dominicanos proclamaron el 27 de febrero del año siguiente (1844) la existencia de un Estado independiente que se llamaría República Dominicana.

Cuando se produjo el levantamiento de Praslin se hallaba en Haití el trinitario Ramón Mella, que había sido enviado, como lo fue antes que él su compañero Juan Nepomuceno Ravelo, con el encargo de formar una alianza de los trinitarios con los conspiradores haitianos. Esa alianza iba a ser relativamente fácil de conseguir por el carácter igual de clase de los antiboyeristas haitianos y dominicanos. Todos pertenecían de manera principal a la pequeña burguesía, en sus niveles alto y mediano, y debido a la difícil situación económica unos y otros podían contar con el respaldo de la mayor parte de los haitianos y los dominicanos. Esa alianza de dominicanos

partidarios de la independencia con haitianos enemigos de Boyer pero enemigos también de la independencia dominicana fue un movimiento táctico de gran categoría. No podemos decir si la idea fue de Duarte o de otro trinitario, pero es seguro que si Duarte se hubiera opuesto a ella, la alianza no se habría dado. Y se dio con muy buenos resultados para los dominicanos.

¿Cuáles fueron esos resultados?

Que el 24 de marzo, cuando se supo en Santo Domingo que Boyer había sido derrocado se reunieron en la Plazoleta del Carmen, según cuenta Vetillo Alfau Durán en la Página 13 del libro “*Pedro Alejandrino Pina*”, varios dominicanos “encabezados por Ramón Mella, Francisco del Rosario Sánchez, Pedro Alejandro Pina y Juan Isidro Pérez, quienes bajo las órdenes de Duarte y unidos con el grupo haitiano de Adolfo Nouel, Alcuis Ponthieux, Dominique Benoit (y) Auguste Bernier”, secundaron el movimiento llamado de La Reforma. Sigue diciendo Alfau Durán que “Cuando se encontraban reunidos en la Plaza de la Catedral, hoy Parque Colón, son súbitamente atacados por tropas gobiernistas mandadas por el Coronel Charles Cousin, quien resultó muerto en la refriega”.

El jefe militar boyerista de Santo Domingo el general Cardé, entregó el mando y el día 26 (mes de marzo) se formó una Junta Popular formada por cinco personas, de las cuales tres eran dominicanos y dos haitianos. El día 30 los miembros dominicanos de esa Junta eran Juan Pablo Duarte, Manuel Jimenes y Pedro Alejandrino Pina, y el 7 de abril esa Junta autorizaba a Duarte a formar Juntas

Populares, encargadas del gobierno que hoy llamaríamos municipal, en varios lugares del país. En pocas palabras, la alianza con las fuerzas antiboyeristas les dio a los trinitarios la oportunidad de surgir de las sombras de la clandestinidad en que habían estado trabajando y les abrió el camino para convertirse en líderes nacionales, condición sin la cual no habrían podido encabezar el levantamiento del 27 de febrero del año siguiente (1844).

De otro aspecto de la actividad política de Duarte, la alianza con los hateros que equivalió a la formación de un frente de clases para alcanzar la independencia, nos ocupamos en un artículo que fue publicado el 26 de enero de 1971 en el periódico El Sol, con el título de “Duarte y las Clases Sociales”.

— Fuente —

* *Notas acerca de Juan Pablo Duarte*, “Temas Históricos”. Juan Bosch. Editora Alfa & Omega. 1991. Santo Domingo, Rep. Dominicana.

Lucha por una sociedad libre de privilegios políticos o económicos que se opongan a la unión armoniosa de todas las clases sociales.

Duarte y la Historia, Enrique Patín Veloz.



La verdadera historia*

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ SAVINÓN**

La República Dominicana, ha sido un país invadido numerosas veces y nunca ha sido un país invasor.

Desde los tiempos de la conquista la isla fue escenario de múltiples luchas por la libertad. Recuérdese la primera gesta libertadora triunfante del continente americano librada por el Cacique Enriquillo en las montañas del Bahoruco contra el monarca más poderoso e importante de la época, Carlos I de España, y a la vez Carlos V de Alemania, durante trece dilatados años, entre 1519 y 1533.

Luego de la mezcla de razas, nuestro criollo luchó valientemente y con éxito contra las tropas inglesas del General Venables, y el Almirante Penn, en abril-mayo de 1655 que, con el espíritu de conquista ordenada por el dictador de Inglaterra Oliverio Cromwell, desembarcaron en el sur de nuestro lar nativo, siendo batidos por el dominicano con lanzas y machetes.

Ese mismo criollo, proveniente, en su mayoría, de Higüey y El Seybo, el día 21 de enero del 1691 sobre

* Se han respetado las negritas y cursivas del autor.

** Presidente del Instituto Duarteano.

la Sabana de la Limonade, en El Guarico, en la parte noroeste de la isla de Santo Domingo, venció a los invasores usurpadores franceses al mando del Gobernador nombrado ya por Francia, De Cussy, quien murió en la lucha.

Nuevamente, ese mismo criollo, inspirado por el amor a su libertad que nace del trabajo en la fértil tierra de las diferentes comarcas que lo arropan con su pródiga y radiante naturaleza, en donde hace vida en común y en paz con todos los seres que tenían una sola forma verbal de comunicación, una manera de pensar muy propia y definida, una base proveniente de la cultura occidental, ya arraigada en nuestro suelo, que le transmitía ansias constantes de progreso y dándole un perfil de carácter e idiosincrasia que supo mantener con estoico comportamiento a través de varios siglos, inicia en Cotuí un movimiento emancipador que fue secundado por los seibanos, higüeyanos y coterráneos de las llanuras del Este de nuestro país y enfrenta, en rudo combate, en la Sabana de Palo Hincado a las múltiples veces vencedoras y conquistadoras tropas francesas de Napoleón Bonaparte, vencéndolas en su totalidad, y sólo unos pocos pudieron salvarse, los que vinieron a Santo Domingo a comunicar la derrota. El cotuisano Brigadier Don Juan Sánchez Ramírez se cubre con la palma de la victoria en este encuentro al vencer el General Juan Luis Ferrand, héroe de Francia.

Después de la gesta gloriosa de la Independencia, el 27 de febrero de 1844, ideada, inspirada y organizada por Juan Pablo Duarte y sus patriotas trinitarios, el dominicano mezclado en las razas que le caracterizan, con

clara conciencia de su nacionalidad, tuvo que pelear con denuedo, como ningún otro pueblo lo había hecho, con el machete en la mano y como escudo su pecho al descubierto, a partir del 19 de marzo del 1844 y durante doce dilatados años, hasta el 24 de enero del 1856, siempre inferior en número y en recursos, a través de sabanas, desfiladeros, hondonadas, ríos y montañas, en docenas de combates de todos los tipos, para vencer siempre las tercas invasiones que en cuatro campañas lanzaron nuestros vecinos haitianos sobre nuestro territorio, ocasionando enormes devastaciones y sufrimientos, sobre todo en la región suroeste.

Cuando uno de nuestros generales más sobresalientes traicionó la patria, porque no confiaba en el poder de combate y defensa de los mismos hombres que se cubrieron de gloria bajo la dirección de su sable, convertido cada uno de ellos, los que regresaron y los caídos, en héroes eternos de la República, y arrió el pabellón de cuarteles encarnados y azul ultramar atravesado por la cruz de armiño, ideado por Juan Pablo Duarte en el Juramento Trinitario, y profanó el asta de la Torre del Homenaje, enhestando la Bandera Imperial Española, volvió otra vez este heroico pueblo dominicano, animado del mismo espíritu patriótico, a combatir en todos los frentes de nuestro territorio, coronándose de nuevo con la victoria alcanzada por el glorioso machete que se constituyó en el arma representativa de la dominicanidad.

Incluso a partir de 1916, la guerrilla dominicana se hizo sentir en los campos del país, esta vez contra los invasores norteamericanos, quienes cuarenta y nueve años más tarde, a partir de abril de 1965 vuelven a imponer su

poder en nuestro territorio secundados por otras fuerzas de países hermanos. Ante esta nueva afrenta, los dominicanos inspirados por el claro concepto de nacionalidad y amor a la Patria reafirman sus sentimientos de independencia y libertad, logrando una vez más, que la bota extranjera se alejara, humillada, de la Patria.

Hay que dejar bien claro que cuando los primeros africanos esclavizados injustamente por los franceses, fueron establecidos en la parte oeste de la isla de Santo Domingo, ya nuestro criollo había constituido su nacionalidad; teníamos un territorio definido, un idioma común, una forma de ser, una religión y una cultura propia. Por tanto fue completamente injusto, por parte de los haitianos, preten-

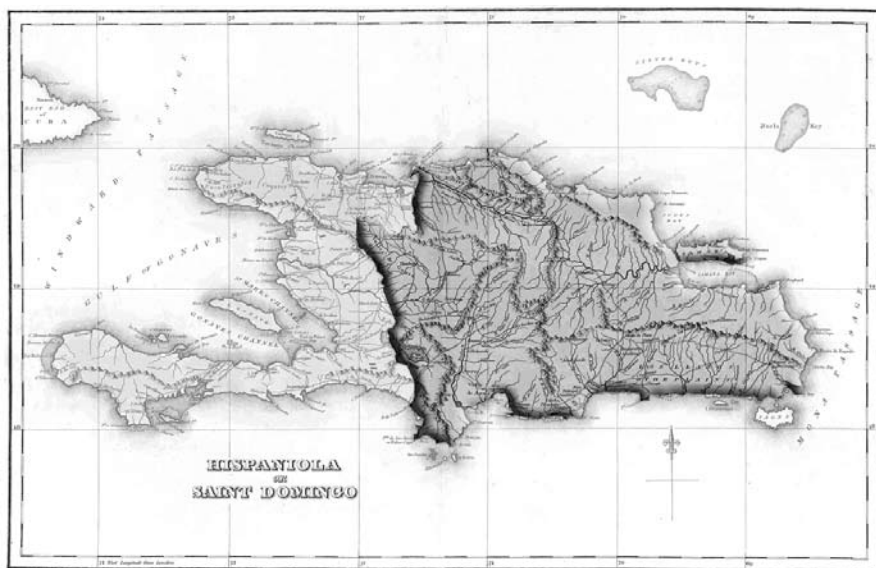
der que nosotros éramos parte de la República de Haití, como también actualmente es una *solemne mentira* que se le diga a los haitianos que en algún momento nosotros le hemos enajenado parte de su territorio, ya que es lo contrario, porque hoy en el mapa de la parte oeste de la isla de Santo Domingo, ocupada por la República de Haití, figuran entre otras, las poblaciones de Hincha, San Rafael, San Miguel de La Atalaya, con sus territorios aledaños, que fueron parte de la Nación

parte oeste de la Isla, ocupada por la República de Haití, figuran entre otras, Hincha, San Rafael, San Miguel de La Atalaya, con sus territorios aledaños, que fueron de la Nación Dominicana, y que no fueron conquistados por las armas ni en combate.

Dominicana, segmentos que no fueron conquistados por las armas ni en combate.

Los europeos, muy principalmente los franceses, son los responsables del trato despiadado, extremadamente cruel, que sufrieron esos africanos esclavizados, y que fueron arrebatados de sus tierras en donde hacían su vida con normalidad, cuya explotación inmisericorde produjo las riquezas que hizo de Haití la colonia más floreciente de Francia. Pero estos bienes fueron para los dueños de las plantaciones, para los franceses. Esas riquezas fueron para la Francia, que incluso taló los bosques haitianos para sembrar caña de azúcar.

El cruel castigo y la inmensa injusticia sufrida por estas gentes alejadas de su tierra nativa les hicieron rebelarse y en su afán de libertad tampoco ellos tuvieron piedad y produjeron el exterminio de todos los blancos,



Mapa de La Hispaniola. Fuente: AGN. Área de Cartografía.

quedando siempre un rencor contra todos los que no fueran completamente negros. ***Eso precisamente originó las guerras racistas dentro del mismo Haití, entre mulatos y negros, entre el norte y el sur.***

Ese rencor algunos lo explotan todavía peligrosamente, ***desviando hacia el dominicano la responsabilidad que durante generaciones han tenido los europeos y americanos, apoyando tiranuelos*** en la conducción de ***ese país y a veces los mismos gobiernos haitianos*** han sido culpables porque han saqueado las arcas de la nación, y nunca se han preocupado de construir escuelas, hospitales y mucho menos organizar ningún tipo de seguridad social, llegando hasta el colmo de la negligencia que ni siquiera proporcionan la más elemental obligación de un Estado: entregarles las documentaciones debidas a sus ciudadanos. Esto es algo imperdonable.

Sí, creemos que los dominicanos ***debemos ayudar en lo posible*** al pueblo vecino por múltiples razones, ***y lo estamos haciendo***, porque aquí encuentran trabajo, pan y asistencia la mayor cantidad de inmigrantes de ese país, aún siendo el nuestro una República pobre y pequeña, con grandes masas de ciudadanos que necesitan de los exiguos recursos del Estado. Pero de ninguna manera podemos cargar con las culpas de quienes son los verdaderos responsables de su desgracia y tampoco descuidar los sagrados deberes para con nuestros nacionales que como dijo Juan Pablo Duarte: «negros, blancos, cobrizos, cruzados, ***somos todos hermanos***».⁽¹⁾

1. *Apuntes de Rosa Duarte. Archivo y versos de Juan Pablo Duarte.* Edición y notas por E. Rodríguez Demorizi, C. Larrazábal Blanco y V. Alfau Durán. Santo Domingo. Rep. Dominicana.

Conociendo la historia, ambos pueblos debemos desterrar odios y rencores, pero con un *alto espíritu de justicia y verdadero respeto* para cada una de las dos naciones, sus leyes, su idioma, su cultura, su religión, su nacionalidad, y seguir reclamando a Francia y a la Comunidad Internacional, asumir su responsabilidad de ayudar a la República de Haití en forma *justa y urgente*. Nueve millones de seres humanos esperan esta reparación histórica del otro lado de la frontera.



Las galletitas hechas con tierra, sal y mantequilla vegetal, se han convertido en una fuente regular de sustento para la población de los barrios más humildes de Haití. (Enero, 2010).

*Los blancos, morenos,
Cobrizos, Cruzados,
Marchando serenos,
Unidos y osados,
La patria salvemos
De Viles tiranos,
Y al mundo mostremos
Que somos hermanos.*

Juan Pablo Duarte

¡Visita!



INSTITUTO DUARTIANO

MUSEO CASA DUARTE

El Instituto Duarteño, tiene como objetivo, la difusión de la vida y obra de Juan Pablo Duarte, Padre de la Patria y Fundador de la República Dominicana, la de los Trinitarios y de los Próceres, quienes se inspiraron en el ideal duartiano para la edificación moral del pueblo dominicano.

Para el cumplimiento de sus objetivos, el Instituto Duarteño, lleva a cabo una serie de actividades que van desde la publicación de libros, folletos, formación de ciudadanos, tanto civiles como militares, a través de cursos-talleres, charlas y conferencias impartidas por historiadores con la más acabada información del Patricio Duarte y Diez.

Para la expansión de los ideales de Duarte, tanto a nivel nacional como internacional, la institución ha creado Centros Duarteños en casi todas las principales ciudades y Filiales Duarteñas en el exterior.

Isabel La Católica 308, Ciudad Colonial.

<http://institutoduartiano.org.do> • www.institutoduartiano@gmail.com

Tels.: (809) 687-1436 / (809) 687-1475 / (809) 687-5288

Fax: (809) 689-0326



Duarte, el patriota calumniado

JUAN DANIEL BALCÁ CER*

El general Juan Pablo Duarte, “ilustre dominicano que es al mismo tiempo una gloria antillana”. Según el decir del Máximo Gómez: “el verdadero y único fundador de la conciencia nacional dominicana”, de acuerdo con Manuel Arturo Peña Batlle, y quien muy pocas personas le disputan su condición de **Fundador de la República Dominicana**, fue objeto de calumnias en infundíos desde antes de materializarse su magna obra.

Duarte, desde que fundó la sociedad secreta La Trinitaria, se destacó por la firmeza de sus convicciones políticas y por sólida actitud revolucionaria, siempre presta a defender los más puros intereses del pueblo dominicano.

A mediados del siglo XIX, los dominicanos arrastraban una historia repleta de vicisitudes y adversidades. La herencia colonial, de España, primero, y de Francia después, a la cual se agregó a Dominación Haitiana, gravitaba fuertemente en la subconciencia de las masas e impedía el florecimiento de ideas más avanzadas en términos políticos. El sentimiento de la independencia de la férula colonial europea, si afloró en la psiquis de las masas durante los primeros cuatro decenios de la pasada

* Prolífico Historiador dominicano, Premio Nacional Feria del Libro 2008 Eduardo León Jimenes, por su libro *Trujillo. El tiranicidio de 1961*.

centuria, apenas pasó de ser una quimera en la mente aislada de un grupito o mero conato revolucionario que fue ahogado en su génesis.

En ese aparente letargo de atmósfera colonial estaba sumido el pueblo dominicano cuando Duarte fundó la Trinitaria en 1838. Nuestros antepasados eran entonces alrededor de 100,000 personas enmarcadas en clases sociales que para esa época no habían adquirido conciencia de clase, es decir no constituían clase para sí, y por tanto no habían asimilado la idea de la independencia pura y simple, según la habían concebido Duarte y sus amigos. En el Santo Domingo de 1844 habían diversos grupos políticos: afrancesados, prohaitianos, hispanófilos, independentistas, y otros. Con la excepción de los duartistas; casi todos los grupos alentaban la idea de provocar una separación de Haití para luego gestionar un protectorado.

Bajo ese clima político de virtual efervescencia, Duarte fue el primero entre los dominicanos, en propugnar por la independencia pura y simple. Y como en ese sentido su posición fue a todas luces invariable, no tardó en merecer el desprecio de los conservadores quienes hacia 1843 iniciaron una campaña difamatoria que le costó su primer exilio y el comienzo de una serie de vicisitudes que habría de experimentar el Patricio a cambio de su conmensurable amor por el pueblo dominicano.

El primer atentado contra Duarte ocurrió hacia julio de 1843 cuando el presidente haitiano Charles Herard visitó Santo Domingo con el propósito de reducir a los cabecillas del movimiento dominicano que propugnaba por la separación de Haití. Sus enemigos se encargaron

de suministrar al presidente haitiano una lista con los nombres de los revolucionarios; y Juan Pablo Duarte encabezaba la nómina delatora.

La persecución desatada en su contra fue tenaz, pero gracias a la colaboración de algunos ciudadanos que apoyaban las actividades del partido duartista, el hijo de doña Manuela Diez pudo ocultarse y abandonar luego la isla con destino a Venezuela, logrando

así salvar la vida. Como se sabe, sus compañeros en La Trinitaria continuaron los trabajos revolucionarios, y el 27 de febrero de 1844 se proclamó un Estado que se llamó República Dominicana el cual quedó en manos de un gobierno provisional conocido como Junta Central Gubernativa.

A pesar de que el nuevo gobierno estaba dominado por antiduartistas, una de sus primeras resoluciones fue enviar un buque a Curazao con el trinitario Juan Nepomuceno Ravelo para que trasladara al país a Duarte, Pérez y Pina quienes hacía siete meses probaban el amargo fruto del destierro. A su llegada al país, Duarte fue recibido con

“la ovación más espléndida de que puede haber sido objeto un mortal afortunado al regresar del destierro a los lares patrios...”.⁽¹⁾

El ilustre civilista don Emiliano Tejera, en brillante Exposición al Congreso Nacional en 1844, y en la cual,

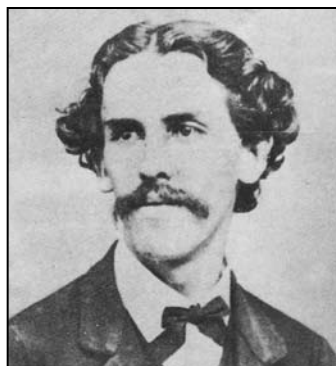
—◆—
La persecución desatada en su contra fue tenaz, pero gracias a la colaboración de algunos ciudadanos que apoyaban...
—◆—

según don Emilio Rodríguez Demorizi, realizó “la más bella apología de Duarte”, describe la llegada del Maestro en estos términos:

Las ventajas y puertas de las casas se iluminaron al saberse que el buque que había ido a buscarlo a Curazao, por orden Gobierno, estaba en el puerto, i el día siguiente, 15 de marzo, fijado para el desembarque, las calles se poblaron de banderas de todas las naciones, predominando la dominicana, como un homenaje al que la había hecho emblema de una nacionalidad. Una comisión de la Junta Central bajó al muelle para recibirlo, i con ella el Prelado i todos los sacerdotes que había en la Capital. Las tropas, formadas en línea esperaban su llegada, i al poner el pie en tierra, el cañón lo saludó como si hubiera sido el jefe de la República. El Prelado lo abrazó cordialmente, diciéndole: ¡Salve, Padre de la Patria! El pueblo en masa lo victoreaba, i al llegar a la Plaza de armas, tanto él, como el Ejército, lo proclamaron jeneral en Jefe de los Ejércitos de la República, título que no aceptó por existir un Gobierno, a quien le correspondía discernir las recompensas a que se hicieran acreedores los servidores de la Patria. Del palacio de Gobierno, a donde fue a ofrecer sus servicios la Junta Central, se dirigió a su casa, llevado en triunfo por el pueblo i el Ejército, i allí, Sánchez, con aplauso de todos, i con su jenial franqueza, colocó él mismo banderas blancas en todas las ventanas, diciendo con su estentórea voz: “hoy no hai luto en esta casa: no puede haberlo. La Patria está de plácemes: viste de gala, i Don Juan mismo desde el cielo bendice i se goza de tan fausto día” ... ⁽²⁾

Ese mismo día Duarte fue designado miembro de la Junta Central Gubernativa y Comandante de Armas

de Santo Domingo. De inmediato el Patricio quiso tomar parte activa de las contiendas bélicas que los ejércitos improvisados de la República Dominicana libraban con los haitianos, encontrando oposición en el caudillo Pedro Santana. Duarte intentó armonizar con el Chacal de Hinchá, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Entonces solicitó permiso de la Junta para actuar con sus tropas y atacar a los haitianos, y, en cambio, fue instruido para que se reportara a Santo Domingo donde, supuestamente, era necesitado. Los sucesos políticos fueron tomando un cauce contrario a las aspiraciones democráticas de Duarte, y éste no tardó en intentar apoderarse del poder político con el apoyo militar del General José Joaquín Puello, a fin de encauzar la Revolución Dominicana por el sendero apropiado.



Vicente Celestino Duarte.
Fuente: *Episodios Duarteanos* por
Pedro Troncoso Sánchez.



General Pedro Santana

Desafortunadamente sus planes fracasaron. El poder político y económico quedó en manos de los conservadores y Duarte, al igual que sus compañeros más destacados fueron reducidos a prisión acusados de haber traicionado a la patria, y deportados del país a perpetuidad.

Don Emiliano Tejera formula estos cuestionamientos: ¿Y quiénes eran esos asesinos de la Patria, esos reos de la lesa-nación, ese puñado

de facciosos, esos enemigos de la nacionalidad dominicana, de su bandera, de su ejército, de su jefe? Las respuestas nos la brinda el mismo don Emiliano:

*eran los fundadores de la República; los que durante muchos años se habían negado constantemente a pedir el apoyo extranjero, temerosos de comprometer el suelo de la Patria; los que sacrificando su patrimonio habían dado armas a ese ejército i libertad a ese grupo de sanguinarios ciudadanos para que ahora se sirviesen de una i otras para infamarlos, para destruirlos. Cinco meses antes eran **Libertadores de la Patria**; aún no hacía veinte días **un puñado de patriotas**, i ahora, sin haber faltado a lei alguna, enemigos de la nacionalidad, reos de lesanación, criminales dignos de muerte.*

Pero fue a partir de julio de 1844, cuando comenzaron a llover sobre el ilustre revolucionario los más acerbos epítetos.

1. El general Pedro Santana, en una Proclama al Pueblo y al Ejército, llamó a Duarte “el anarquista, siempre firme en su loca empresa”. Lo acusó de estafador cuando afirmó que él había “arrancado cuantiosas sumas al comercio para gastos imaginarios o inútiles”. Lo tildó de engañar a ciudadanos sencillos, de instigador, ambicioso fatuo, y déspota. Para Santana y su clase, Duarte era un supuesto libertador cuyos méritos se reducían a “haber fugado del país a la entrada de Riviere en esta Capital, dejando a sus amigos y compañeros en el mayor peligro a causa de sus imprudencias...” Duarte, para la reacción de esa época, no era más que un “pretendido héroe” y un “libertador de nueva especie”.

Rendición de cuentas por Gral. J. P. Duarte

Abril 12 de 1844
Cuenta que presenta el
Gral Jn Pablo Duarte a
la Junta Gubernativa
acerca de lo gastado por él
en la expedición a Buenos
Debto el General Duarte
Pido me que le fueran entregados para
gastos de la demora que fuere de
mandar al Canton de Buenos - \$ 1000.00

	\$ 173.00
Entregado al Tesoro	827.00
	1 000.00

(Anexo) Recibí del General Duarte la suma de ochocientos veinte y siete pesos, para ser entregados en la Tesorería de esta ciudad M. Lavastida (12 de abril 1844)

Visto bueno por la Sección de Hacienda
 Habiéndose entregado en el Tesoro los ochocientos veinte y siete pesos que fueron devueltos,

—J. Tomás Medrano Caminero
 —Bobadilla, —Jimenes
 —Echavarría
 —Félix Mercenario

Visto bueno por la
Sección de Hacienda
entregado en el Tesoro los ochocientos
veinte y siete pesos
J. Tomás Medrano Caminero
Bobadilla
Jimenes
Echavarría
Félix Mercenario

2. El sagaz don Tomás Bobadilla, el autor del célebre Manifiesto del 16 de enero de 1844 –considerado como nuestra Acta de Independencia–, llamó a Duarte “joven inexperto” quien “lejos de haber servido a su país, jamás ha hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas...”.

3. Y el cónsul francés Saint-Denys en carta de mayo 14, 1844, catalogó a Duarte de “joven sin méritos”, “alborotador”, “vanidoso” e “intrigante”.

Cuatro años después, siendo presidente de la República don Manuel Jiménez, se decretó una amnistía que beneficiaba a los desdichados patriotas. Duarte, por entender que el poder político continuaba en manos de la misma clase que lo había enviado al ostracismo al igual que a su familia, prefirió permanecer alejado del suelo patrio. No quiso defenderse de sus enemigos, porque –como apuntó don Emiliano Tejera– para ello hubiera sido

preciso encender la guerra civil, i no fue para llegar a extremo tan deplorable, que él i sus beneméritos compañeros habían hecho sacrificios de todo jénero en los años empleados combatiendo la dominación haitiana.

Para la Patria habían trabajado; no para ellos, i la Patria podía perderse del todo si se desunían los dominicanos. La historia dirá a sus tiempo si obraron bien o mal desaprovechando la oportunidad de combatir la nueva tiranía que se entronizaba en el país; pero en cualquier caso no podrá menos de reconocer en sus actos desinterés i abnegación. Entregaron los brazos a las cuerdas de sus enemigos, i las cárceles dominicanas, en vez de criminales, guardaron Libertadores.

Durante la Primera República (1844-1861) sólo dos nombres brillaron en el firmamento político dominicano:

Pedro Santana y Buenaventura Báez. El nombre de Juan Pablo Duarte fue relegado al más injusto olvido y pronunciarlo equivalía a una palabra infame. Cuando el patricio se enteró de que la República había sido anexionada a España, y que su amigo Francisco del Rosario Sánchez había sido inmolado, decidió regresar al lar nativo a ofrecer su modesto concurso al gobierno restaurador.

Su presencia en el país fue vista con cierto recelo en el seno del gobierno restaurador y como salida airosa le fue encomendada una misión diplomática en Venezuela que el patricio rechazó en principio, porque si él había vuelto a la patria a luchar, a quedarse en ella, a demostrar una vez más que era ante todo un patriota cabal; si había tenido que vivir en el destierro durante 20 años y en esos momentos podía permanecer libremente en su patria, ¡cómo iba a desear marcharse! Pero Duarte se enteró de que su nacionalismo intransigente era tenido como un obstáculo a las ambiciones de ciertos políticos y ante esa situación, el patricio optó por aceptar el cargo para el cual se la había designado no sin señalar que si había vuelto a la patria después de tantos años de ausencia, había sido para servirla con el alma, vida y corazón, siendo cual siempre había sido motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos y jamás piedra de escándalo ni manzana de la discordia.

En dos ocasiones anteriores, la bajeza de ciertos ciudadanos lo había lanzado inmisericordemente al ostracismo, y en ese momento tan heroico, como lo fue la guerra restauradora, cuya vanguardia la integraban caudillos liberales, la ambición por el poder político pudo más que la justicia y se procedió a aislar del país

al único hombre capaz de entorpecer los propósitos desnacionalizantes de la clase dominante. Duarte tuvo que haber abandonado su patria en un estado de ánimo harto depresivo y nostálgico. Y partió tal vez cabizbajo para Venezuela en donde se arropó con el manto del sepulcro el 15 de julio de 1876, a las 3 de la madrugada. Su devota, hermana Rosa consignó en su Diario esta extraña coincidencia: Duarte se había pronunciado independiente a las 11 de la mañana del 16 de julio de 1838; y bajó a la tumba a las 11 de la mañana del 16 de julio de 1876, al cumplirse 38 años exactos del haberse consagrado a sólo vivir por su Patria.⁽³⁾ Tres años después del lamentable deceso del ilustre fundador de la República; el señor Domingo Rodríguez Montaña, regidor del Ayuntamiento de Santo Domingo, dio inicio al proyecto de repatriar las cenizas de Duarte y depositarlas en la Capilla de los Inmortales de la Catedral Primada de América, proyecto que se materializó felizmente el 27 de febrero de 1884. Se puede afirmar que a partir de entonces –como contraposición a un grupo de baecistas que carentes de un prócer sin manchas se dedicaron a exagerar la figura histórica de Francisco del Rosario Sánchez, en desmedro de la de Duarte– en Santo Domingo se fue gestando un grupo de distinguidos ciudadanos que se dedicaron a reclamar para el Patricio el justo título de Fundador de la República y de Padre de la Patria. Consecuencia de ello, nuestra independencia y sus principales actores devinieron temas de agudas polémicas entre grupos que demandaban para sus respectivos ídolos el más alto galardón proceden de que puede disfrutar un humano, el de Padre de la Patria.

En 1889 las plumas de Manuel de Js. Galván y José Gabriel García se enfrascaron en una recia polémica en torno de la figura de Pedro Santana. Aunque puede afirmarse que el historiador García con la verdad en las manos, prácticamente destruyó todos los argumentos esgrimidos por Galván (verdadero arquetipo del ideal reaccionario y retrógrado de la intelectualidad dominicana del siglo XIX), cabe señalar que a raíz de dicha polémica el nombre de Santana fue rescatado del olvido y se comenzó a hablar de él como el fundador de la nacionalidad dominicana. Las facciones que entonces se originaron, “sanchistas”, “duartistas” y “santanistas” iniciaron una fuerte contienda orientada a colocar a sus respectivos ídolos en el más alto sitio del patriotismo dominicano. Se creó una situación tan caótica que el historiador García escribió, en 1897, que

no contentas las pasiones políticas, en su afán de regatear glorias a unos para atribuírselas a otros, con combatir a Duarte con Sánchez, a Sánchez con Mella, y a los tres con Santana, apelaron..., a la invención de que la idea separatista no fue obra de Duarte sino del padre Gaspar Hernández.⁽⁴⁾

Con todo, la polémica —que alcanzó matices desagradables— se circunscribió alrededor de las figuras de Sánchez y Duarte. De ahí que Mariano Antonio Cestero afirmara que:

opositores inequitativos de los merecimientos sin mancha de nuestros clarísimos Duarte y Sánchez que resultan tales por dados a la ingrata tarea de proteger los de quien ha los suyos sombríos y maculados, desvivense batallando

por arrebatarles lo que de ellos es propiedad exclusiva: la formación de la nacionalidad Dominicana. Puestos en ese miserando propósito, idean para consumarlo: oponer prócer a prócer, pensando así achicar los timbres del uno con los timbres del otro, y dejar entrambos, por fuerza de la substractora confrontación, recíprocamente empequeñecidos, sin acervo de méritos (tal creen) para ganarse, en justicia y derecho, título de Padres de la Patria. La maligna táctica sin superchera intriga, se desenvuelve así: Duarte, dicen esos sofistas, inicia la independencia, apostoliza enseñando y propagando el ideal, es cierto; pero lejos del país en el día de su realización tocóle a Sánchez presidir a ella; por lo tanto Sánchez... se hace superior a Duarte.⁽⁵⁾

Una opinión interesante respecto de esas polémicas hasta ciertos puntos estériles, la emitió Rafael Abréu Licairac en 1894 cuando sostuvo que

esta nación no tuvo único fundador. Tuvo fundadores decididos obreros de su independencia, insignes próceres de su redención política.⁽⁶⁾

En 1894 se constituyó una Junta compuesta por distinguidos ciudadanos con el propósito de erigir una estatua a Juan Pablo Duarte primero, y a los demás próceres de la independencia, después. Pero el general Juan Francisco Sánchez, hijo del prócer Sánchez, elevó su protesta y causo un verdadero cisma que impidió que se le erigiera una efigie a Duarte debido a que su padre (Francisco de Rosario Sánchez) a quien él consideraba “padre de nuestros héroes”, “verdadero autor del 27 de febrero de 1844 y proclamador de la independencia dominicana”, era merecedor de igual distinción.

La oposición al proyecto de erección de una estatua a Duarte fue efectiva y no fue sino en julio 18 de 1930 cuando fue desvelizada la imponente efigie del maestro en la Plaza que lleva su nombre. Se escogió ese lugar porque había sido el escenario de su resonante victoria política en 1843.

Desde entonces y a pesar de que a partir de 1894 el dictador Lilís dispuso que Duarte, Sánchez y Mella fueran oficialmente designados como Padres de la Patria, no han faltado quienes se hayan dedicado a continuar con la campaña iniciada por la escuela santanista consistente en difamar al patricio Duarte y restarle méritos a su brillante trayectoria revolucionaria.

Es de lamentar que esas injustas imputaciones —en parte— hayan emanado de los descendientes del prócer Sánchez, quien fue un fiel discípulo de Duarte. Específicamente podemos citar el caso del doctor Carlos Sánchez y Sánchez nieto del mártir del Cercado, quien no solo llegó a afirmar, repitiendo a Santana, que en 1843 el patricio decidió salir del país aún cuando Sánchez —dicen ellos— lo conmino a que se quedara???, sino que además, pone en



Vista Parcial del monumento a Juan Pablo Duarte, obra del escultor Arturo Tomagnini.

duda las adversidades que le impidieron a Duarte estar presente en el baluarte del Conde, la memorable noche en que se proclamó la República Dominicana. Después del Dr. Sánchez y Sánchez ha habido otros miembros de tan distinguida familia que se han dedicado a “desmistificar” —eso dicen— la figura de Duarte, pero con el evidente propósito de sustituirla con la de su insigne ascendente, el general Francisco del Rosario Sánchez. Por fortuna, estos alegatos emanados de los últimos estertores de lo que he convenido llamar **sanchismo antiduartistas**, nada nuevo aportan la antología difamatoria del Patricio que ha sido escrita con capítulos de manufactura santanista y baecista.

Jamás habrá consenso general acerca de la indiscutible proceridad sin machas del insigne Juan Pablo Duarte. Y siempre habrá alguien quien manifieste discordancia respecto de la forma en que se venere al ilustre Fundador de la República Dominicana. A pesar de ello, siempre imperará la idea, de sólidos fundamentos históricos de que Duarte, el fundador de La Trinitaria, de la Filantrópica y la Dramática; el que más se destacó en la revolución de marzo de 1843; el que visitó pueblos en busca de adeptos; el que en 1843 fue perseguido a muerte por Herald obligándolo a abandonar la isla; el que continuó recibiendo en el exilio comunicaciones de sus seguidores a fin de acordar los pormenores del memorable grito independentista; el que fue enviado a buscar por la Junta Central Gubernativa y cuyo nombre fue pronunciado en la gloriosa Puerta del Conde inmediatamente después del lema sacrosanto DIOS, PATRIA y LIBERTAD; el único vocal de la Junta que con una honradez a toda prueba

se opuso a la enajenación de la península de Samaná; el mismo que los pueblos del Cibao, por iniciativa de Mella, proclamaron Presidente de la República para contrarrestar el creciente poder de Santana; el que fue reducido a prisión y acusado de reo de lesa patria; el que durante dos decenios anduvo errabundo por las selvas del Apure; el que en 1864, tras conocer que su obra había muerto, regresó al país a luchar por la restauración de la República; el que en esa hermosa pieza del patriotismo dominicano como lo es la epístola del 7 de marzo de 1865, que debería estar grabada con letras de oro en el arco triunfal de la Patria, expresó que siempre protestaría contra la anexión de la República Dominicana a los Estados Unidos y a cualquier otra potencia de la tierra y a la vez contra cualquier tratado que tendiese a menoscabar en lo más mínimo la independencia nacional y cercenar el territorio o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano; ese Duarte, exegeta y revolucionario cabal, que supo estar a tono con las ideas más avanzadas de su época jamás descenderá al miserable fango en que le quieren sumergir sus denostadores.

Porque cada día que trascurra, los verdaderos dominicanos que estudien al hombre en la plenitud del contexto histórico en que se desenvolvió, tendrán que reconocer que poseyó grandes dotes de conductor de pueblos y virtudes de un genuino Padre de la Patria.

Duarte, en su época, no solo fue un revolucionario en todo el sentido de la palabra; sino que, además, fue un intelectual preocupado por su pueblo y un verdadero humanista. Por consecuencia, deber cívico y patriótico es el estudio del pensamiento duartiano, cuya esencia

nacionalista aún no ha perdido vigencia. Porque no cabe dudas de que todo cuanto fluyó en su pluma y todo cuanto en el campo de la práctica realizó ese “hombre singular que –de acuerdo con don Vetilio Alfau Durán nos dio el don supremo de una Patria, encierra una profunda enseñanza”.

- (1) José Gabriel García: *Compendio de la Historia de Santo Domingo*.
- (2) Emiliano Tejera: *Monumento de Duarte*.
- (3) Rosa Duarte: *Apuntes de Rosa Duarte. Archivo y versos de Juan Pablo Duarte*.
- (4) Juan Daniel Balcácer: *Aclaraciones Históricas de Santo Domingo*.
- (5) Marino A. Cestero: *27 de Febrero*. Santo Domingo, 1900.
- (6) Rafael Abreu Licairac: *Consideraciones acerca de nuestra independencia y su prohombres*, Santo Domingo 1894.

— Fuente —

✱ “Duarte el calumniado” por Juan Daniel Balcácer. Periódico *Listín Diario*, 26 enero, 1981, Santo Domingo, Rep. Dominicana.

Siendo la Independencia Nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley Suprema del pueblo dominicano es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera, cual la concibieron los Fundadores de nuestra asociación política al decir el 16 de julio de 1838, DIOS, PATRIA y LIBERTAD, REPÚBLICA DOMINICANA, y fue proclamada el 27 de febrero de 1844, siendo, desde luego, así entendida por todos los pueblos cuyos pronunciamientos confirmamos y ratificamos hoy; declarando además que todo gobernante o gobernado que la contrarie, de cualquier modo que sea, se coloca *ipso facto* y por sí mismo fuera de la ley.

Del Proyecto de Ley Fundamental, redactado por Duarte.



Casa natal de Duarte

ENRIQUE PATÍN VELOZ*

La casa natal de Duarte se halla situada en el antiguo barrio de Santa Bárbara, en la actual calle Isabel la Católica, en la ciudad de Santo Domingo.

Es una casa de modestas proporciones que consta de un solo piso dividido en diversas habitaciones o dependencias. Es lo más probable que su techo fuera de vigas y ladrillos, y que sus pisos fueran también de este último material. La edificación se adaptaba a la condición cuadrada del solar y constaba de un patio central y un traspatio.

Nada en ella es extraordinario. Su frente tiene dos puertas y una ventana enrejada, y su fachada, carece de adornos arquitectónicos especiales. No es la casa más grande del barrio ni tampoco la más pequeña. No perteneció a ninguna familia aristocrática colonial ni fue habitada por ningún ilustre personaje.

En esta casa, habitada por la familia del comerciante español Juan José Duarte y su esposa Manuela Díez, natural de El Seibo, nació, en el 1813, Juan Pablo Duarte, el futuro Padre de la Patria, rodeado del cariño de sus progenitores y demás familiares.

* Doctor en filosofía e Historiador dominicano, fundador y presidente del Instituto Duarteano.

Juan José Duarte era un comerciante acomodado que poseía un negocio ferretero de útiles para marinería situado en la Atarazana. Nunca fue hacendado, hatero o terrateniente, ni negociante en maderas o en tabaco.

Ni económica, ni social, ni políticamente, la familia Duarte era de las familias principales de la ciudad, a pesar de que Rosa, refiriéndose a la familia de su hermano, que era la suya, dice que “su familia pertenecía a la primera sociedad siendo muy estimada de propios y extraños”.

De acuerdo con la escala social actual, podemos afirmar, sin equivocarnos, que la familia Duarte pertenecía a la mediana burguesía de su época y que gozaba de cierta holgura económica.

Dicha familia disfrutaba del aprecio de su vecindario, como se demostró cuando se produjo la persecución haitiana contra Duarte, ya que éste halló refugio en muchos hogares de dicho vecindario.

Fuera de algunos comerciantes que visitaban la familia, sus principales amistades eran algunos sacerdotes que frecuentaban la casa.

Al prosperar en sus negocios, Don Juan José Duarte, adquirió la casa que habría de ser, andando el tiempo, cuna del Padre de la Patria y testigo de muchos de los grandes acontecimientos de su vida.

Del primer acontecimiento de que fue testigo la casa natal de Duarte fue del nacimiento de éste, ocurrido el 26 de Enero del 1813.



La casa natal de Duarte se encuentra en la Calle Isabel la Católica entre las calles Restauración y Vicente Celestino Duarte, Ciudad Colonial.

Juan Pablo no fue ni el único ni el primogénito de sus padres, porque antes de él había nacido Vicente Celestino, y después de su llegada a este mundo, nacieron Rosa, Francisca, Filomena y Manuel.

El segundo acontecimiento que presenció dicha casa fue la celebración familiar del bautizo de Duarte, realizado en la iglesia de Santa Bárbara, siendo sus padrinos Luis Méndez y Vicenta de la Cueva, que nunca pudieron imaginar la importancia que había de alcanzar en el futuro el niño que habían apadrinado.

En la casa natal de Duarte transcurrió su infancia y en ella aprendió el abecedario con la ayuda de su madre y con la señora Montilla, íntima amiga de su progenitora,

aprendió a leer, y gracias a su aplicación y su disposición para el aprendizaje, a los seis años sabía leer y recitaba de memoria el catecismo.

Esta morada fue testigo de su aplicación al estudio y nos dice su hermana Rosa que “...consagrado a estudiar nunca dejó sus libros antes de la una o las dos de la mañana”.

Gracias a esa aplicación pudo aprender idiomas y adquirir conocimientos jurídicos, políticos, literarios, etc.

Esta vivienda también lo vio empeñado en hacer ejercicios musicales hasta aprender a tocar la guitarra y la flauta. Al igual que lo contempló dedicado a componer poesías y entregado a leer obras de teatro.

También lo observó preparándose para realizar su primer viaje al extranjero y fue testigo mudo de sus ilusiones adolescentes en ese sentido. Su hermana Rosa nos dice al respecto:

Cuando Juan Pablo empezó a viajar era un adolescente, papá, como comerciante y contando con que se dedicaría al comercio lo puso a aprender teneduría de libros e idiomas. Don Pablo Pujol era catalán y se embarcaba para el Norte de América y pensaba ir a varios puntos de Europa a arreglar sus asuntos comerciales. Juan Pablo quiso viajar con él y papá porque convenía a sus intereses y por darle gusto le permitió que se embarcara confiado en que Don Pablo Pujol, como amigo que lo quería mucho, lo cuidaría al igual que sus hijos.

El viaje de Duarte se realizó y después del incidente que tuvo con el capitán del barco, incidente que cambió para siempre el rumbo de su vida, porque despertó en él su dormida vocación de patriota, regresó al país luego de un año de ausencia.

Cuando se hallaba reunido con sus familiares y amigos, en la sala de su casa natal, celebrando su regreso, hizo su famosa declaración de que lo que más le había impresionado en su visita al extranjero era la lucha que se libraba en Barcelona para conquistar los fueros y libertades de Cataluña, “fueros y libertades que espero demos un día a nuestra patria”, palabras que fueron acogidas con entusiasmo por la juventud que le rodeaba.

A partir de entonces, su morada familiar lo vio entregado al estudio de obras políticas y militares así como a profundas meditaciones sobre su plan de independizar la Patria.

Fue testigo de su resolución de fundar la escuela de la Atarazana y de ingresar a la Guardia Nacional haitiana, para adquirir los conocimientos y relaciones militares.

En ella planificó la formación de La Trinitaria, de La Filantrópica, y la Sociedad Dramática, al igual que la bandera y el juramento trinitario.

Lo vio participar en la Reforma y en el nuevo gobierno haitiano que surgió de ella.

Lo contempló regresar jubiloso de las elecciones constituyentes y de la instalación de la Junta de Gobierno de Bayaguana.

Asimismo presenció la persecución que las autoridades haitianas desataron contra él, cuando descubrieron sus actividades patriotas.

Fue testigo de las angustias de su familia cuando tuvo que esconderse en distintas casas del vecindario

En ella planificó la formación de La Trinitaria, de La Filantrópica, y la Sociedad Dramática, al igual que la bandera y el juramento trinitario.

y cuando las tropas haitianas la allanaron en busca de Juan Pablo.

También presenció la desesperación con que Sánchez se presentó en ella indagando el paradero de Juan Pablo.

Con la ayuda de sus familiares y amigos, Duarte se embarcó rumbo a Venezuela y desde allí siguió luchando por la causa de la independencia.

En su ausencia, ocurrió la muerte de su padre, y al enterarse de ella en el extranjero, le escribió a su familia la famosa carta en la que le pide que utilicen los bienes heredados en provecho de la independencia de la Patria.

Para conocer del contenido de dicha carta, se realizó un consejo de familia en el que estuvieron presentes amigos y allegados, y la casa natal de Duarte, fue testigo de la resolución familiar que se tomó en favor de la petición del Apóstol.

El 27 de Febrero del año 1844 se realizó la proclamación de la Independencia y la Junta Central Gubernativa



dispuso el retorno de Duarte al país. Este fue recibido en forma triunfal y proclamado Padre de la Patria por el Arzobispo Portes e Infante.

Después de recibir los saludos oficiales y las aclamaciones del pueblo, retornó a su morada familiar y allí ésta lo vio en el momento más brillante y feliz de su vida, siendo mudo testigo del cumplimiento de la promesa que años atrás hizo a los que lo recibieron, después de su primer viaje.

Dice Rosa Duarte

Ese día tan caramente pagado no se cerró en su casa la puerta de la calle, pues a más de los que llenaban la casa y la calle en que vivía en la ciudad que no se cansaban de abrazarle, verle y oírle, los que vivían en las cercanías, y que la voz del cañón les anunciaba su llegada acudían en tropel y hasta que no lo abrazaban o estrechaban las manos no se retiraban del medio del concurso, para dar paso a los nuevamente llegados. A las dos de la tarde notó el General Sánchez que las ventanas de la casa de Duarte no tenían banderas; pidió unos velos y él mismo formó con ellos unas banderas que colocó en las ventanas con aplausos de todos, diciendo: “Hoy no hay luto en esta casa, no puede haberlo, la Patria está de pláceme, viste de gala, y Don Juan mismo desde el cielo bendice y se goza en tan fausto día”.

A partir de entonces, lo contempló convertido en Comandante del Departamento de Santo Domingo y miembro de la Junta Central Gubernativa.

También lo observó idear planes para atacar a los haitianos y lo vio prepararse para marchar al frente de batalla como Comandante Adjunto del Ejército Expedicionario del Sur.

Después presenció sus contrariedades, sus mortificaciones y sus angustias cuando se dio cuenta de las tendencias anexionistas de la Junta Central Gubernativa, y como consecuencia de ésto, lo vio sublevarse contra dicha Junta, la que reorganizó poniendo en ella a liberales o duartistas.

A raíz de ésto lo contempló hacer un proyecto de constitución en el que expuso sus ideas liberales, democráticas y republicanas.

Después de lo anterior, la nueva Junta lo envió al Cibao a realizar ciertos cambios.

La casa lo vio partir y despedirse de sus familiares, que nunca sospecharon que jamás volvería a ella, porque Santana lo apresaría y lo expulsaría del país, después de hacerse dueño del poder.

También fue testigo de las angustias de la madre y las hermanas de Duarte y de su posterior expulsión del país.

Después de lo anterior, la casa cambió de dueño y se convirtió en una casa sin importancia.

En ella se instaló una jabonería que un incendio destruyó y después de permanecer en ruina y olvidada varios años, fue adquirida por el Gobierno y parcialmente restaurada.

Al fundarse el Instituto Duarteano se instaló en ella, y a partir de entonces, su importancia ha ido en crecimiento hasta ser convertida por éste en Santuario del Patriotismo Nacional.

— Fuente —

✱ *Revista de las Fuerzas Armadas*, “Casa natal de Duarte”, por Enrique Patín Veloz, Santo Domingo, Rep. Dominicana.

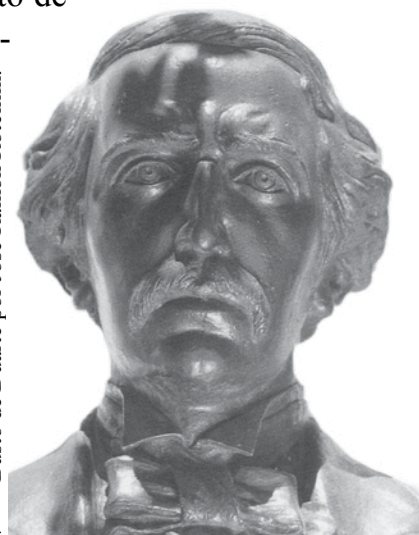


Vigencia de Duarte

ROBERTO CASSÁ*

Juan Pablo Duarte fue el primero en propugnar por un ordenamiento del pueblo dominicano como medio para su realización. En ello radica su trascendencia para el ulterior proceso histórico dominicano, puesto que sus ideas le dieron cohesión al grupo humano que fundó el Estado dominicano y, décadas más tarde, fueron elevadas a la condición de decálogos de principios, por los intelectuales que se propusieron desarrollar la identidad nacional a través de la recuperación del acervo histórico. En las condiciones de su época, el proyecto de Duarte tenía un contenido revolucionario, pues la nación presupone un proyecto de modernidad como referente cultural y político que debe ser plasmado por el propio colectivo. La nación, en tal sentido, apunta a un orden opuesto al que caracterizaba el dominio colonial, donde la soberanía estaba reservada al monarca

Busto de Duarte por José Ramón Rotellini.



* Prolífico Historiador dominicano, actualmente Director General del Archivo General de la Nación.

metropolitano. El corolario de la soberanía popular, derivado de los principios del liberalismo y la Revolución Francesa, hacía indispensable la conformación de un Estado independiente, como receptáculo institucional para la autodeterminación.

por haber entrado en contacto con países del occidente de Europa que visitó en su juventud. Era la época de las asociaciones secretas...

En consecuencia, la conformación de un conglomerado humano como nación supone la perspectiva de constitución de un Estado soberano que resulte la expresión de la voluntad colectiva. El principio independiente, en la perspectiva que animó el ideario de Duarte, comportaba un tipo de ordenamiento político que garantizase el ejercicio, de la autodeterminación. De ahí que, para responder a su cometido, el Estado independiente tuviese que conformarse de acuerdo al principio de la democracia.

Es lícito suponer que Duarte pudo esbozar su proyecto de nación por haber entrado en contacto con países del occidente de Europa que visitó en su juventud. Era la época de las asociaciones secretas, como los carbonarios, que propugnaban por erradicar los restos del antiguo régimen que se habían recompuesto por medio de la Santa Alianza, tras la derrota de Napoleón Bonaparte en 1815. Se puede desprender de las exposiciones de Duarte que aceptaba la propuesta liberal de sistema político en tanto base de la legalidad estatal, pero que le adicionaba

el componente radical de la democracia, como medio de asegurar el ejercicio de la soberanía popular y la gestación de la nación por medio de un ordenamiento estatal que sentara las bases para la igualdad, primera condición de la realización del colectivo.

Estas ideas, comunes en Europa, encontraban graves dificultades para su plasmación en el medio dominicano de la primera mitad del siglo XIX, lo que le confirió trascendencia a la obra de Duarte. Ciertamente, ya había avanzado un proceso cultural de identidad común en el seno de la población del país, pero el mismo se encontraba trabado por la pervivencia de los parámetros normativos del orden colonial. Este se fundamentaba en el supuesto de la desigualdad natural entre porciones del conglomerado, de lo que derivaban los privilegios de unos y la subordinación de otros. Particularmente, la ideología colonial afirmaba la superioridad de los europeos y la inferioridad de los africanos y sus descendientes. El principio rector de la desigualdad encontraba su máxima expresión en la esclavitud y en el no reconocimiento de la condición de personas a los esclavos.

En las primeras décadas del siglo XIX se libraron distintos capítulos de lucha contra las exclusiones consustanciales del colonialismo. Contingentes importantes de los dominicanos rechazaron activamente los intentos de poderes foráneos por recrudecer la opresión y la desigualdad, pero esas luchas fueron irrupciones puntuales que carecían de una propuesta ordenadora de régimen político moderno. Se trataba de luchas nacionales en estado embrionario: a menudo no se deslindaban de los

sectores partidarios de alguna modalidad de recomposición del orden colonial hispánico o bien no traspasaba los intereses puntuales de determinados sectores y no se dirigían a la gestación de un orden alternativo global. Los accidentados procesos políticos de inicios del siglo propiciaron un afianzamiento de los planos de identidad compartida entre segmentos considerables de la población, diluyendo progresivamente las normas coloniales. Como lo puso de relieve Eugenio María de Hostos, la presencia haitiana fue el componente más importante en esos procesos de descomposición del despotismo colonial, pues llevó a la abolición de la esclavitud y al debilitamiento de las viejas clases propietarias.

Pero las condiciones favorables para la identidad compartida, si bien expresaban un estadio de evolución del pueblo, no garantizaban el tránsito a la nación. Como proyecto moderno, el ordenamiento nacional requería de la presencia de sectores sociales urbanos, surgidos de nuevas relaciones de producción que concibieran un orden que trascendiera las diferencias y exclusiones y afirmase principios universalistas. Ahora bien, esos sectores eran muy débiles en el siglo XIX a consecuencia de la depresión económica y demográfica que siguió a la Revolución Haitiana y al Tratado de Basilea en el 1795. Duarte fue producto de la emergencia de las condiciones de ese sentido universalista, pero la debilidad de sectores urbanos explica el papel de su figura, los desenlaces que tuvo su obra y, más en general, las vicisitudes de las luchas nacionales de la segunda mitad del siglo.

Duarte conformó su proyecto nacional de acuerdo con las características del medio de su época. Primeramente, resaltó el valor inmanente de la creación de un Estado plenamente independiente, en contraposición con las variantes de anexionismo o proteccionismo de los influyentes círculos conservadores. Aunque sin elaborarlo conceptualmente, introdujo un matiz popular al nacionalismo, pues lo contrapuso al supuesto de que la subordinación a una potencia era un requisito para el progreso económico. Pero, a ojos de Duarte, el Estado independiente sólo podría ser receptáculo de la soberanía popular en caso de que garantizara la representación y participación de la población en las instancias de gobierno y en los asuntos públicos en general.

De ahí que, en su proyecto de Constitución, visualizara en la dignidad del municipio la garantía para la consecución de este objetivo. Por ello, derivó una modificación de la ya clásica división de tres poderes del Estado, a fin de incluir el poder municipal.

Adicionalmente, su énfasis en la absolutización de la democracia encontró un corolario en la base de conformación socio-cultural del colectivo, esbozando la propuesta de “unidad de raza”. Con ella aludía al reconocimiento de que el pueblo dominicano se había conformado gracias a la fusión de los componentes étnicos originarios de africanos y europeos; pero, al mismo tiempo, abogaba por una sistematización de dicho rasgo étnico, es decir, el mestizaje como asidero de la gestación de una voluntad colectiva y medio de fundar una comunidad de iguales.

El apostolado de Duarte encontró eco, casi exclusivamente, entre jóvenes de cierto nivel cultural de los estratos urbanos emergentes. Si bien esos jóvenes, agrupados en la sociedad La Trinitaria, fueron los propulsores decisivos de la formación del Estado dominicano, rápidamente quedó patente que no contaban con un sólido asidero entre la mayoría de la población. Los sectores conservadores, en cambio, gracias a controlar los hilos tradicionales del poder social, le ganaron la delantera a los trinitarios y terminaron imponiendo un orden que no se correspondía con los preceptos de la nación. De ahí surgieron las incongruencias entre situaciones expresivas del avance de componentes nacionales y la capacidad hegemónica de los sectores conservadores. Esas incongruencias han persistido como uno de los fundamentos de los procesos ulteriores y le confieren actualidad renovada al apostolado de Duarte.

— Fuente —

* Revista *Umbral*. Santo Domingo, Rep. Dominicana.

Todo poder dominicano está y deberá estar siempre limitado por la ley y ésta por la justicia, la cual consiste en dar a cada uno lo que en derecho le pertenezca.

Proyecto de Ley Fundamental por Juan Pablo Duarte.



Conversando con Juan Pablo Duarte

JOSÉ RAFAEL SOSA*

Un visitante inusual en el chat de conversación cibernética me ha llegado. Navegaba en busca de no se qué. Había cansancio y hastío, rezumando todo el día de trabajo y la reiteración de los mismos males y esperanzas de cada día. Me llamó la atención el nombre de la persona que pedía conversar con alguien de República Dominicana: Juan Pablo Duarte.

Once y cuarenta minutos de la noche. La habitación está tranquila y me decido a navegar en Internet para hacer un descanso antes de que llegue el sueño.

No se qué buscar. No tengo interés en conversaciones superficialmente íntimas con gente que uno ni conoce, no me interesan temas científicos de alta densidad, ya que mi mente no está en eso.

De pronto, en la pantalla, alguien está pidiendo hablar con un dominicano. Lo más curioso es que esa persona dice llamarse Juan Pablo Duarte.

— *¿Algún dominicano en línea? Soy Juan Pablo Duarte.*

Me atrae la que supongo es una broma. La petición parece inteligente, a pesar de que es imposible que sea el mismo Duarte el que hoy, en esta era digital y com-

* Periodista y escritor dominicano.

putarizada, esté vivo y pidiendo chatear por Internet con alguien de República Dominicana.

Decido seguir la línea de reto inocentemente. Y contesto:

- *Soy dominicano. Duarte, puede conversar conmigo?*

Las respuestas de Duarte comenzarán a aparecer línea por línea en la pantalla.

— *Yo fundé la República Dominicana y hoy quiero hablar con alguien nacido en esa Patria. Puedes hablar conmigo. Veo desde muy lejos la situación del país y necesito expresar lo que siento.*

- ¿Duarte... qué crees de la situación actual de nuestro país? Hemos tenido dictaduras e intervenciones, democracias que duraron muy poco. Estamos divididos en partidos, nadie entiende a nadie, cada cual lucha por sus parcelitas de poder....



Ilustración: Cristian Hernández.

— *En Santo Domingo no hay división. No hay más que un pueblo que desea y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera.*

- Pero es que la Patria parece postrada e inmóvil ante tanta confrontación estéril de quienes se dicen nuestros líderes.

— *...una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra este deseo de soberanía del pueblo dominicano, logrando por medio de sus intrigas y sórdidos manejos, adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto de cómo en realidad es.*

- ¿Cuál es el peligro de que el pueblo se preste al gran espectáculo de la confrontación eterna?

— *El amor a la patria nos hizo contraer compromisos sagrados con la generación venidera; es necesario cumplirlos, o renunciar a la idea de aparecer ante el tribunal de la Historia con el honor de hombres y mujeres libres, fieles y perseverantes.*

- Qué puedes decir a nuestra juventud, esa misma que trabaja y estudia, la que se divierte, la que tiene la oportunidad ahora de construir el futuro para el año dos mil?

— *Seguid, jóvenes amigos, dulce esperanza de la patria mía, seguid con tesón y ardor la hermosa carrera que habéis emprendido y alcanzad la gloria de dar cima a la grandiosa obra de nuestra generación política.*

- Hay quienes nos azuzan a un enfrentamiento con el pueblo haitiano....

— *Entre los dominicanos y los haitianos no es posible una fusión. Pero así como digo eso, también sostengo*

que admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo cómo les vence y como sale de la triste situación de esclavo. A ese pueblo le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor a la libertad y el valor.

- Pero continuamente nos están invitando a la confrontación, incluso entre nosotros mismos los dominicanos.

- *Nada hacemos con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición, sin hacerla servir para un fin positivo, práctico y trascendental.*

- ¿Y sobre los juicios actuales en torno a crímenes cometidos hace muchos años...?

- *El crimen no prescribe ni queda jamás impune. El buen dominicano tiene hambre y sed de justicia ha largo tiempo, y si el mundo se la negase, Dios que es Suma Bondad, sabrá hacérsela cumplir y no muy dilatado.*

- Duarte, ya tengo sueño. Continuamos otro día.

- *Gracias por escucharme, joven.*

DUARTE ES LA PATRIA





La pasión de Juan Pablo

PEDRO TRONCOSO SÁNCHEZ*

En el Cibao

Aquel mismo día 18 de junio en que redactó con Sánchez la contestación al inglés Heneken recibió el oficio de la Junta que le ordenaba trasladarse al Cibao. Decía así la comunicación:

*Dios, Patria y Libertad
República Dominicana
Santo Domingo, 18 de junio de 1844
año 1º de la Patria.*

La Junta Central Gubernativa

*Al General Juan Pablo Duarte,
Miembro de la Junta Central Gubernativa*

Compañero y amigo:

* Dominicano, abogado, funcionario público, fue rector de la Universidad de Santo Domingo (USD), diplomático e historiador, fundador y Presidente del Instituto Duarteño, así como Presidente de la Academia de Ciencias.

Por una deliberación de la Junta Central Gubernativa ha resultado: que usted debe rendirse a los Departamentos del Nord-Este para que a nombre del Gobierno de la República y representándola, pueda intervenir en las discordias intestinas y restablecer la paz y el orden necesarios para la prosperidad pública.

Usted procurará, siempre que no se haga imposible por razones que no estén al alcance del Gobierno, proceder a la elección o restablecer los cuerpos municipales atendiendo a que se les anunció a los pueblos, por el manifiesto y por un decreto subsecuente, el sostenimiento de las autoridades que existían antes de la Revolución.

Sabiendo la Junta Central la oposición que hubo al principio contra la Delegación de los señores Delorve, Rocha y Pedro de Mena, y vistas las circunstancias,

Primero: *que la Junta tiene necesidad de que esté en su seno el señor Delorve, miembro central del Departamento de Santiago, para que en compañía de los demás venga a dirigir los negocios del Estado.*

Segundo: *que atendiendo a la carta del General Ramón Matías Mella que escribió a la Junta, con fecha 18 de mayo, tememos que por consecuencia de los agravios pasados y existiendo tal vez los motivos que ocasionaron los primeros, vuelvan a reiterarse las controversias pasadas, y habiendo sido insuficiente la presencia de los mencionados delegados para contener los disturbios, habiendo sucedido lo contrario, que su presencia produjera una contienda muy desagradable al Gobierno por haber sido entre hombres de tanta respetabilidad;*

Hemos determinado, que la Delegación de los señores Delorve, Rocha y Pedro de Mena, habiendo cumplido, como debe haberlo hecho a esta fecha, con su primer encargo, se restituya a Santo Domingo, donde hace falta, y que usted a nombre del Gobierno, como queda dicho,

corrija los abusos y enmiende los trastornos que existen y puedan existir; dándole cuenta exacta y continuada de todas sus operaciones.

Saludamos a usted con consideración,

*El Presidente de la Junta, Fco. Sánchez — J. M. Ramírez
— Félix Mercenario — Jimenes — P. A. Pina — Medrano
— S. Pujol.*

El 20 de junio tenemos a Duarte en su cabalgadura saliendo por la puerta del Conde y cruzando el poblado de San Carlos, acompañado del capitán Juan Evangelista Jiménez, del jefe de guías Félix Mariano Lluberes y de otros jóvenes oficiales que habían estado con él en Sabana Buey en marzo y abril. También lo escoltaba el coronel Gregorio del Valle, militar español que como instructor enseñaba las tácticas modernas y sustituía los mandos en francés por las consiguientes voces españolas en el ejército dominicano.



Llegada de Duarte a Santo Domingo y Duarte en Santiago. Dibujos por Allosa. Tomado del Libro *Historia Gráfica de la República Dominicana* por José Ramón Estella.

Iban a ser duras las próximas jornadas de Juan Pablo, vadeando ríos, trepando lomas, cruzando sabanas y durmiendo en rústicas posadas durante horas interminables. A él no lo habían criado para la vida difícil. Había crecido en ambiente urbano entre las comodidades burguesas del barrio de Santa Bárbara. Sin embargo, cuando comenzaron sus dificultades en julio de 1843 se dio cuenta de que tenía vocación para soportar con estoicismo cualquier sacrificio. Nada le parecieron las penalidades físicas de la persecución y del exilio; nada las contingencias de la vida en campaña. Así, en aquel momento no pensaba en las molestias del más largo y fatigoso viaje que iba a hacer a caballo en su vida. Más bien se sentía feliz por la oportunidad que se le presentaba de cumplir una misión de concordia y de completar el conocimiento de su país y de sus compatriotas. Había ido a las regiones del Este y del Oeste en diligencias revolucionarias y ahora traspasaría las montañas centrales para entrar en contacto con dominicanos cuyas características diferenciales había percibido desde la capital y deseaba conocer mejor, al tiempo que para poner armonía entre ellos.

Les anocheció llegando a la Isabela, por haber salido tarde de la capital y en aquel villorrio decidieron pernoctar. Bien temprano en la mañana del 21 continuaron la marcha mientras Duarte se complacía en la apacible belleza del principal afluente del Ozama, bordeado de lujuriante vegetación intensamente verde. A pocas horas dejaban el llano y entraban en la serranía, pasando por la Mata de San Juan, y luego otra vez en terreno de sabana ganaban el pobladito de La Luisa. Aquí permanecieron hasta el 23 en la madrugada, dispuestos a ponerse en el

Cotuí al día siguiente. Cabalgaron cuenca arriba del Ozama, de un Ozama angosto y humilde que no recordaba la majestad del que baña la ciudad de Santo Domingo. Se detuvieron a descansar en Antón Cid. En este lugar, once años antes, había nacido alguien a quien él iba a conocer y admirar en Caracas, un gran dominicano que estaba destinado a ser su apologista en 1884: Fernando Arturo de Meriño. Reemprendieron el viaje entre las lomas de la Mina y el Sillón de la Viuda y pronto la dirección de las aguas indicaron a Juan Pablo que ya estaba en el Cibao. Muy tarde en la noche llegaron a Cevicos a descansar en las horas de la madrugada del 24 y continuar la marcha. A mitad de camino, y siguiendo las indicaciones de los prácticos, hubieron de vadear el río Chacuey, de lecho profundo y peligroso. El 24 en la tarde recibía Duarte el saludo del comandante de las armas y de los concejales del Cotuí, a quienes acompañaba el párroco Puigvert. Estos proporcionaron buen alojamiento a los viajeros. Al otro día, sumándose a la comitiva algunos amigos cotuisanos, vadearon el caudaloso Yuna, pasaron por La Piña (hoy Fantino) y siguiendo por camino llano paralelo al río Camú hicieron acto de presencia en La Vega al anochecer del 25.

Allí tenían preparado un magno recibimiento, que, a Duarte sorprendió. Se abrazó con su antiguo comunicado en la conspiración de la independencia el cura párroco doctor José Eugenio Espinosa; con el comandante de las armas, Manuel Mejía, y con otros amigos que lo ovacionaban, coreados por el pueblo. Quedó alojado en la casa de las hermanas María del Carmen, María Francisca y Manuela Villa. A la mañana siguiente y siempre rodea-

do por una multitud que lo vitoreaba como al caudillo de la Separación se le condujo a la iglesia, en donde el Padre Espinosa entonó un *Te Deum*. Haya o no habido una previa diligencia de Juan Evangelista Jiménez por instrucciones de Mella, según es probable, en la mente de los veganos caía por propio peso, como en los capitales el pasado 15 de marzo, la idea de que Duarte era el llamado a ocupar la presidencia de la República. Ellos no tenían una noción clara de cómo debía desenvolverse el proceso de formación del nuevo Estado, con una primera etapa de gobierno provisional colegiado, la subsiguiente elección y -reunión de una asamblea constituyente y luego la elección en asambleas populares de un gobierno definitivo, sujeto a la Constitución que se hubiere votado. Deseaban ver a Duarte en la presidencia, como consecuencia natural de su obra política, y sólo se les ocurrió reunirse para proclamarlo así en un documento. Fue la primera manifestación expresa de la generalizada aspiración. Es de suponer el embarazo que aquello produjo al patriota. Ni en sueños aceptaría una proclamación que lo situara en posición incompatible con el gobierno que lo había comisionado, presidido por su entrañable Francisco Sánchez.

Rosa Duarte se refiere a la proclamación vegana en dos pasajes de sus *Apuntes*. En uno dice:

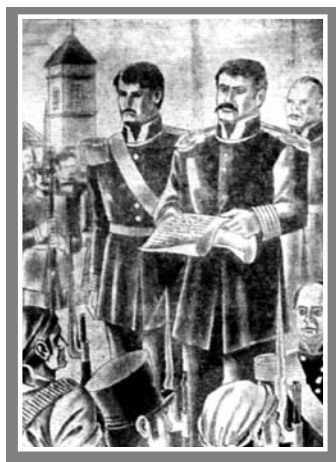
El amigo y compañero de trabajos para independizar la Patria, el R. Pco. Espinosa después del Te Deum recibe en casa del Comandante de la plaza una comisión con el acta del pronunciamiento del pueblo para la presidencia de su persona.

En el otro pasaje pone a La Vega en el primer lugar en la lista de los pueblos que proclamaron a Duarte como jefe del Estado. Sobre la breve estancia en La Vega dice también:

Estuvo allí hasta el 29 por complacer a sus amigos y al pueblo que con tantas demostraciones de afecto lo recibió.

A no dudar, en aquellos cuatro días tomó Duarte las notas que necesitaba sobre los problemas locales, para cumplir el cometido encomendado por la Junta, sin parar mientes en el pronunciamiento para su presidencia. Pensaba que no podía tomarse en serio ni adquirir mayor fuerza.

Un grupo de veganos quiso tener el honor de acompañarlo hasta Santiago y de este modo aumentó la caravana salida temprano el 29 de junio por el camino de Burende. Pasaron de largo por este paraje, que con el tiempo iba a ser escenario de combates en nuestras guerras intestinas, y se detuvieron a acampar en Puñal, de manera de entrar en hora y forma convenientes en Santiago al otro día. Al trote de su caballo o deteniéndose a saludar a los campesinos, que le ofrecían café, se complacía Duarte en la contemplación de aquellos campos embellecidos por el trabajo de sus habitantes, muchos de ellos descendientes directos de los primeros colonizadores.



Dibujos por Allosa. Tomado del Libro *Historia Gráfica de la República Dominicana* por José Ramón Estella.

El 30 en la mañana se puso en Puñal en movimiento una respetable caballería encabezada por Juan Pablo, la cual se engrosaba a medida que avanzaba, especialmente a su paso por Arenoso. Fue alcanzada en Marilopez por el comandante del departamento, el ínclito Ramón Mella, tan unido a él por los lazos del ideal y del afecto. No se veían desde hacía un año, cuando entraba a territorio dominicano el general haitiano Rivière Hérard al frente de su ejército para acabar con el movimiento separatista.

Mella y su grupo galoparon hacia Duarte lanzando vítores tan pronto como lo divisaron de lejos. A Juan Pablo no le cupo la emoción en el pecho cuando se dio cuenta de que era su viejo amigo y lugarteniente quien se acercaba. Ambos se desmontaron y se abrazaron entre un coro de aplausos. Luego se formalizó el desfile hacia la ciudad, con ellos dos al frente.

Santiago estaba engalanada con banderas y palmas. Un gentío se agolpó en la entrada de Nibaje y ovacionó al prócer, en un recibimiento parecido al de Santo Domingo. La gloriosa tropa veterana del 30 de marzo le rindió honores máximos al compás de una salva de artillería disparada en la fortaleza de San Luis. La comitiva enfiló por la calle del Sol en dirección de la plaza y la iglesia mayor. Admiró a Juan Pablo ver tanta gente de la ciudad y los campos colmando la vía con sus animales cargados y tributándole sus saludos. El agradecía sonreído, con

movimientos de cabeza y brazos. La animación del mercado se concentró en él, con demostraciones de simpatía; cuando pasaba a su vera. Percibió el perfume de las hojas de tabaco enceronadas en grandes almacenes a lado y lado de la calle, que alternaban con graciosas residencias de madera, dotadas de galerías. Se fijó también en las tiendas misceláneas de los comerciantes catalanes y en las oficinas de los compradores europeos de productos del país. Apenas quedaban señales de los estragos del terremoto de mayo de 1842. Grata impresión le produjo Santiago, la población trabajadora y bulliciosa en donde se concentraba y negociaba la producción agrícola del valle del Cibao, principal sostén de la economía nacional.

En la iglesia ambos trinitarios fueron invitados por el cura, Padre Solano y Rojas, a ocupar sendos sillones en el presbiterio y en seguida comenzó la ceremonia. Envuelto por el humo del incienso y conmovido por el canto litúrgico de acción de gracias realizado por las vibraciones del armonio, sintió Duarte nuevamente en lo hondo de su alma el gozo de la recompensa, puramente espiritual, por el triunfo de su idea.

Terminado el rito del *Te Deum* y después de nuevas manifestaciones de cariño del pueblo santiaguense, quedó hospedado Juan Pablo en la casa de Mella. Ambos a solas, en ambiente de intimidad, pudo el febrerista confiarle los temores que lo habían inducido a pedir su presencia en el Cibao. A juicio de Mella, la situación no era tranquilizadora. Por los informes que le llegaban sabía que los adversarios no se daban reposo en desacreditar taimadamente a los nuevos miembros de la Junta y en laborar en favor de una reacción de los depuestos

apoyados por Santana. Consideraba urgente tomar una decisión radical que consolidara el gobierno del partido duartista establecido el 9 de junio. No le precisó sin embargo todavía cuál podía ser esa decisión.

Al día siguiente se entrevistó Duarte en la gobernación con los comisionados que él sustituía y les mostró su carta credencial. Dispuso asimismo formar el inventario “*de los documentos y otros papeles*” que ellos debían entregar al comandante Mella. Del mismo día lro. de julio es el oficio dirigido al nuevo delegado por los señores Mena y Rocha dando por terminada su misión. Luego celebró sucesivas reuniones con los concejales y con cuantas personas jugaban algún papel en las intrigas políticas de aquel momento. Ese día y los siguientes hablaba a todos de la necesidad de armonizar los intereses encontrados y de deponer las pugnas y pasiones en el ara de la Patria, significándoles que lo esencial era mantener la paz interna, restaurar la economía y defender la República contra el peligro común. Reiteró la disposición del gobierno a no alterar en lo posible la composición de los cuerpos municipales ni a cambiar las demás autoridades. No dejó de recomendar los preparativos de lugar para que el gobierno pudiera convocar cuanto antes a elecciones de diputados constituyentes.

Mientras Duarte se ocupaba en estos menesteres, propios de la misión puesta a su cargo sin dar importancia a lo ocurrido en La Vega, Ramón Mella se movía por su lado y se veía con los principales jefes militares y personas conspicuas de la región. Perseguía un propósito que Duarte no estaba al cabo de saber. Pensaba el comandante que sin el apoyo del ejército del Sur era precaria la posi-

ción del gobierno surgido del golpe de mano efectuado el 9 de junio para descartar a los protectoralistas; que el mejor modo de fortalecer el predominio de los trinitarios era postular para la presidencia a aquel a quien lógicamente le correspondía; al que los pueblos veían y saludaban como su redentor; al que por esta causa reunía la mayor suma de prestigio en la naciente república. Había pues que seguir el ejemplo de La Vega. Calculaba que apoyando las fuerzas vivas del Cibao la postulación de Juan Pablo para la presidencia de la República, Santana se plegaría al hecho y se apartaría de Bobadilla. Por eso esperó ansioso la llegada de Duarte a Santiago. Cuando lo tuvo a su lado y apreció su gran ascendiente, escribió al compañero de luchas que gobernaba en la capital, a Francisco Sánchez, una carta que comenzaba: *Llegó mi deseado. Te lo devolveré presidente.*

Se debía andar de prisa, en opinión de Mella. Si la acción se demoraba podían los reaccionarios tomar la delantera y perderse la república libre y soberana fundada en febrero. Pensaba seguramente en que su movimiento iba a reforzar la autoridad de la junta presidida por Sánchez en la capital y a determinar el apoyo del ejército expedicionario del Sur al gobierno de los verdaderos patriotas, el de quienes habían jurado en 1838 implantar una nación absolutamente independiente, sin extrañas ingerencias.

El 3 de julio en la tarde ya estaban de acuerdo con Ramón Mella los generales José María Imbert, héroe de la batalla de Santiago y comandante de la plaza de Moca; Antonio López Villanueva, comandante de Puerto Plata; Francisco Antonio Salcedo, comandante de la segunda

división del ejército expedicionario de la frontera en su porción Norte, y otros altos oficiales de la zona septentrional, además de un grupo de hombre de valimiento político y social en las distintas poblaciones.

Se reunieron en secreto y acordaron firmar un acta redactada por Mella por la cual las fuerzas del Cibao, interpretando el sentir general, pedían a Duarte aceptar “*en su día*” la presidencia de la República. En ese documento se le pedía salvar al país de la dominación extranjera, convocar una asamblea constituyente y remediar la hacienda pública. Convinieron también los reunidos en comisionar al coronel Domingo Mallol y al teniente coronel Juan Luis Franco Bidó para que se trasladaran a Santo Domingo y, a nombre de los pueblos y el ejército del Norte, comunicaran lo resuelto a la Junta Central Gubernativa. Los designados aceptaron el encargo pero esperarán algún tiempo antes de que Mella les entregue el mensaje que debían portar.

Al día siguiente, 4 de julio, hubo nueva asamblea de gente notable por su posición militar y en las esferas civiles. El comandante hizo uso de la palabra para explicar el objeto de la convocatoria, que era dar a conocer el acta firmada la víspera y solicitar la adhesión de la ciudadanía a lo resuelto. Dijo que llegada la hora de elegir presidente se imponía pensar en Juan Pablo Duarte, considerando el hecho

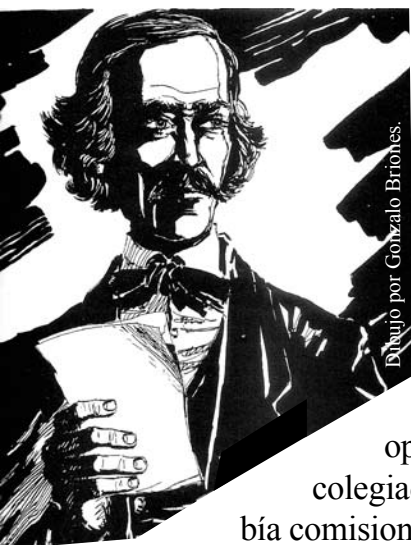
como un eficaz llamamiento a la concordia; como una invitación, como un medio de lograr que ante aquel ciudadano integérrimo, de excelsa virtud republicana, que no nutría odios, que no alimentaba venganzas, que era por entero incapaz de mal, depusiesen sus rencores los

ambiciosos vulgares y la paz definitiva fuera un hecho, para que bajo su salvadora égida pudiera encaminarse el país por vías de necesario adelanto.

Otros asistentes hablaron a su turno apoyando en términos encendidos lo propuesto por Mella y luego, a iniciativa de éste, toda la concurrencia se movió en dirección de la plaza de Armas. En el trayecto un ayudante del mismo general duartista, llamado Ignacio Contreras, lanzó el grito de “¡Viva el presidente de la República!” e inmediatamente fue coreado por un grupo. Esta manifestación fue suficiente incentivo para que gritos parecidos se repitieran y generalizaran espontáneamente en incesante clamoreo hasta llegar a la plaza. Duarte era visto por el pueblo de Santiago, igual que por el capitaleño y el vegano, como el héroe prestigioso lógicamente destinado a ocupar el mando supremo. Era pues fácil que en aquel momento la extendida idea cobrara la forma de una aclamación popular al impulso de cualquier estímulo.

Como respondiendo al clamor de la muchedumbre, Mella leyó entonces un manifiesto que era definidamente un pronunciamiento que paladinamente proclamaba a Duarte investido de la jefatura del Estado por voluntad de los pueblos del Cibao, e invitó a los concurrentes a suscribirlo.

Cuando a Juan Pablo le entregaron aquellos documentos cuajados de firmas y se enteró de su contenido, la sorpresa y el asombro lo dejaron como pasmado. Le pareció aquello muy fuera de lugar y muy poco oportuno. Había mucha diferencia entre lo que sucedía en aquel momento y los preceptos constitucionales que él tenía en proyecto para darle una organización definitiva a la



República. El no podía interpretar y aceptar semejante pronunciamiento sino como una forma inadecuada de expresar por anticipado aquellos amigos el deseo de apoyar su candidatura cuando se celebraran elecciones nacionales en debida forma. Imposible le era considerarse encargado de una presidencia por aclamación, contrastarte con el orden establecido o en oposición, real o aparente, al gobierno colegiado presidido por Sánchez, que lo había comisionado para resolver las dificultades que agitaban al Cibao. El estaba en aquella región en cumplimiento de una misión oficial y no para que lo hicieran presidente. Al mismo tiempo comprendía que no podía desairar de una vez y a las claras a aquellos patriotas bien intencionados, que si bien por un camino equivocado sólo buscaban la felicidad de la República.

Con indisimulable frialdad tomó los documentos y dio las gracias. Dijo que agradecía la prueba de aprecio y confianza de que había sido objeto, la cual interpretaba como una anticipación de los sufragios de una parte del pueblo, pero que tendría que reflexionar acerca de lo propuesto. Aseguró a los comisionados para la entrega del acta de pronunciamiento que la única aspiración de su vida era ver a los dominicanos gozar de libertad, paz y prosperidad, sin que sus ilusiones incluyeran deseo alguno relacionado con su persona. De todos modos, la expresión de la mayoría del pueblo sería lo decisivo para la designación de sus mandatarios.

—La República —les expresó finalmente— deberá desenvolverse conforme a normas constitucionales regularmente votadas por la asamblea constituyente que deseáis se reúna. Sólo las autoridades surgidas del cumplimiento de esas normas serán las legítimas. Mientras tanto, el gobierno es y será la Junta Central Gubernativa. Que cada ciudadano sea justo y cumpla la ley que se dé el pueblo dominicano es todo cuanto anhelo. Procediendo en esta forma, viviremos felices y tranquilos, en santa paz y armonía e impulsando el progreso del país, y yo me sentiré el hombre más dichoso de la tierra, aun no siendo el presidente de la República.

Los comisionados recibieron las palabras de Duarte con respetuoso acatamiento. Les había hablado un maestro. Del terreno de la pura confrontación de fuerzas en que los proponentes estaban situados, él los había llevado, con sus reflexiones y votos, al plano de la doctrina y la moral políticas.

No cabía pues formalizar una toma de posesión de la presidencia por Duarte, y por consiguiente no se hizo.

Así se explica que después de aquella proclamación, tan ampliamente apoyada, el proclamado no prestara juramento, ni constituyera gabinete, ni dictara decreto alguno, ni expidiera nombramientos, ni tomara ninguna de las disposiciones políticas, administrativas o militares propias de un Jefe de Estado.

Viéndolo en aquella actitud pasiva, Mella lo enfrentó privadamente con su habitual energía y le expuso cuantos argumentos pudo para decidirlo a asumir de lleno el alto puesto que se le ofrecía: que el pronunciamiento era la expresión de la real voluntad de los pueblos del Cibao;

que Francisco Sánchez y demás miembros de la Junta aceptarían jubilosos lo resuelto, en todo coincidente con su doctrina; que su proclamación presidencial era el mejor valladar contra la creciente amenaza de los reaccionarios protectoralistas; que sin su figura procerca en la presidencia la nación caería en el caos económico y político.

Nada valió para que Juan Pablo modificara su tesitura. Estaba aturdido por el conflicto entre la inflexibilidad de sus principios y el deseo de corresponder de algún modo a la arrebatadora devoción patriótica de su bienamado Ramón Mella, cuyo disgusto no dejó de percibir.

La gran lección

En la capital se desarrollaban al mismo tiempo los acontecimientos de manera bastante paralela. Tras haber comisionado el 15 de junio, a Duarte para que arreglara las discordias intestinas del Cibao —era al menos el encargo que se le había hecho por escrito—, la Junta Central Gubernativa se dispuso a enviar a Azua a su propio presidente, Francisco Sánchez, con el nombramiento de jefe auxiliar del ejército del Sur, ostensiblemente en consideración de que el general Santana le había manifestado el deseo de tomarse un descanso para atender sus dolencias. El móvil real de esta decisión fue, sin embargo, poder hacer la depuración de la oficialidad que rodeaba al comandante en jefe. Puesto éste a un lado, había que eliminar el peligro que todavía se cernía sobre la patria de febrero y su gobierno, deponiendo a ciertos elementos del ejército expedicionario que evidentemente tramaban, en torno a su caudillo, imponerse al gobierno de los tri-

nitarios y llevar a cabo los viejos planes anti-nacionales.

Al llegar a este punto se impone un breve alto para formular algunas preguntas y conjeturas que la falta de documentos y testimonios deja en suspenso:

¿Por qué fue precisamente a Sánchez, al propio presidente de la Junta, a quien ésta decidió enviar a Azua como jefe auxiliar del ejército del Sur? No cabe

suponer que fuera para degradarlo sino al contrario para colocarlo en un puesto clave en el esfuerzo por salvar a la República. El examen de los hechos obliga a pensar así. ¿Con quién iba la Junta a sustituirlo en la presidencia del cuerpo gubernativo? ¿No induce a creer esa decisión en una previa combinación entre Sánchez y Mella para poner a Duarte a presidir el gobierno colegiado? ¿No se coordina esta suposición con lo ocurrido en Santiago el 4 de julio, exceptuando la designación unipersonalista contenida en el pronunciamiento?

Los deberes gubernamentales de Sánchez no le permitieron abandonar la capital con la prontitud con que lo hizo Duarte. Por este motivo la Junta resolvió destacar al coronel Esteban Roca para que provisionalmente ocupara el lugar del designado y en lo que éste llegaba recibiera el mando de las tropas acampadas en Azua de manos del general Santana para éste hacer uso de su licencia.

Pero entonces ocurrió lo inesperado. El ejército del Sur se negó a aceptar al sustituto de su caudillo al pre-



Francisco del Rosario Sánchez.

sentarse en el campamento para la entrega del mando. Ese acto de insubordinación ocurrió en Azua el 3 de julio, víspera de la proclamación presidencial de Duarte en Santiago. A no dudarlo, Santana y su estado mayor se habían percatado del plan de los trinitarios y daban marcha atrás a la petición de licencia del general, impidiendo que la Junta pusiera a un adicto de Duarte en su lugar. Ya sabían o tenían fuertes motivos para suponer los santanistas que el cambio de jefe iba a traer la sustitución de casi todos los altos oficiales de su ejército para asegurar la adhesión del mismo al gobierno iniciado el 9 de junio.

Mientras aguardaban los papeles para viajar a Santo Domingo los delegados Mallol y Franco Bidó y dar formalmente a conocer el pronunciamiento del 4 de julio, Juan Pablo quedaba en Santiago sufriendo en su fuero interno la más difícil situación moral planteada a su conciencia. Veía que la sustitución de los antiguos comisionados Delorve, Mena y Rocha; sus medidas de apaciguamiento, y la proclamación de su persona para la presidencia del Estado habían despejado en aquellos días la situación en el Cibao. Sabía que con el apoyo masivo de la región nortea y de la capital a la corriente nacionalista que él encarnaba podía consolidarse la República en la forma concebida el 16 de julio de 1838 y realizada el 27 de febrero. Pero era consciente de que podía ser fatal a la Patria abandonar los cauces de la legalidad y provocar un estado de guerra civil que sólo traería una ruina física y moral favorable al enemigo externo. Pensaba que una negativa tajante de su parte a la petición de los cibaños podía redundar en malas consecuencias para la soberanía de la nación y su integridad territorial, pero al mismo tiempo rechazaba la idea

de ser gobernante en virtud de una simple proclamación reemplazadora de la forma regular del sufragio.

Optó pues por no manifestarse todavía en ningún sentido. Todo su esfuerzo se encaminaría a arreglar pacíficamente y patrióticamente su diferendo con Santana, a base quizás de convenir con él en que los grupos enfrentados se unieran para proponer indistintamente a los dos caudillos al país como candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia, de modo que la elección de uno y otro fuera decidida en las urnas.

En medio de sus cavilaciones recibió la invitación de trasladarse a Puerto Plata. Los puertoplateños le expresaban el deseo de que visitara su pueblo. Aun temiendo que en el valle marítimo del Norte lo esperaban para confirmarle la confianza ya puesta en él en Santiago pero que era inaceptable en la forma elegida, se dispuso a corresponder a la invitación. De todos modos, su misión de delegado de la Junta no estaba terminada todavía y requería su presencia en Puerto Plata como en otros pueblos del interior.

Partió el día 8 de julio con sus oficiales y otros acompañantes. Al paso de su cabalgadura fue aumentando su conocimiento de la tierra de sus amores, cuya belleza no se cansaba de ponderar desde que salió de Santo Domingo. Se detuvo en Las Lagunas (hoy Villa González), en donde recibió los saludos y homenajes de los lugareños, y luego pernoctó en Navarrete (hoy Villa Bisonó). Al otro día remontó la cordillera septentrional por el camino de La Cumbre, entró por un momento en la pintoresca Altamira y ya no se detuvo hasta llegar a Bajabonico (hoy Imbert), población en que pasó la noche.

Desde este lugar, el día 10 de julio, hizo su entrada triunfal en Puerto Plata. Lo recibió una multitud encabezada por el anciano general Antonio López Villanueva y por el cura de la parroquia, Dr. Manuel González de Regalado y Muñoz, gran alma, elocuente orador y devoto duartista.

Luego se desarrollaron los hechos de un modo análogo a como en La Vega el 25 de junio y en Santiago el 4 de julio. Acompañado por el pueblo se dirigió a la iglesia parroquial y allí se arrodilló ante el Santísimo mientras el cura entonaba el *Te Deum Laudamus*. El Padre González Regalado lo hizo sentar en el lado derecho del presbiterio junto a López Villanueva y a Pedro Eduardo Dubocq. Este último era un comerciante exportador martiniqueño muy estimado en la población.

Desde el púlpito exhortó el párroco a su feligresía a tributar

su reconocimiento, adhesión y gratitud hacia el más sano de corazón y devoto de pensamiento de los libertadores de América, ungido por la Providencia para hacer puro y fraterno el sentimiento de los dominicanos y conducir al extraviado destino de la República por los santos caminos de la fe divina y el amor a los sagrados fueros ciudadanos.

Estas solas palabras denotan la calidad de quien hablaba y su conocimiento de lo que era Duarte.

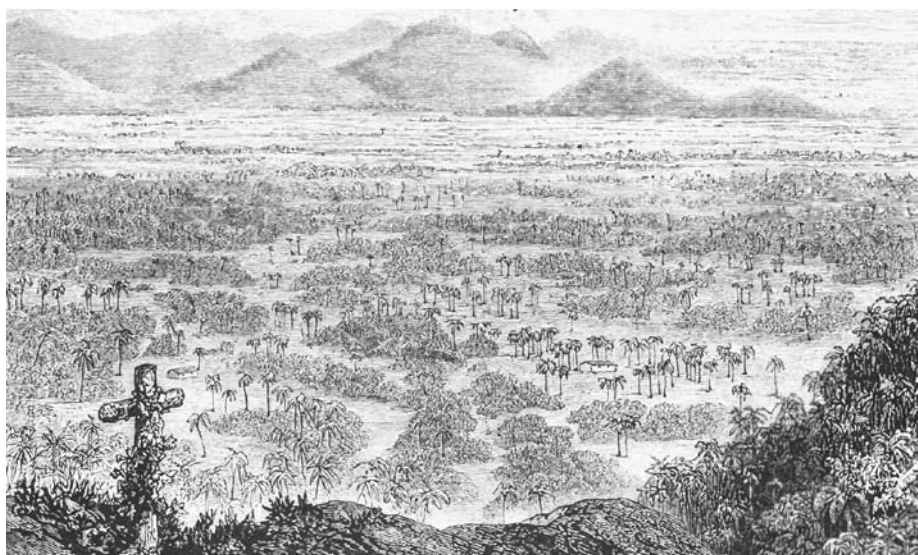
Más tarde en el salón del Ayuntamiento el general López Villanueva entregó a Juan Pablo el acta de pronunciamiento de los puertoplateños por su presidencia. El Padre González Regalado se levantó entonces de su asiento, dio un abrazo al perplejo proclamado e hizo nuevamente uso de la palabra para pedirle

no desmayar en sus virtuales propósitos de salvar la República encomendada desde aquel momento a su honradez y patriotismo, sin ceder sus credenciales de único elegido para conducir gloriosamente los destinos de la tierra recién liberada.

Mucha reserva debió ver el sacerdote en la actitud de Duarte cuando se decidió a rogarle “no ceder sus credenciales”. Entrevió sin duda lo que iba a pasar. En la contestación de Duarte hubo prédica de principios y votos por Puerto Plata y por la Patria, sin una sola expresión de aceptación del puesto que se le ofrecía.

No se conoce el texto del acta de pronunciamiento de la villa norteña pero sí la escueta comunicación con que le remitió copia a Duarte el general López Villanueva, en la cual lo supone investido ya de la primera magistratura. Dice así:

La Vega Real, grabado por Samuel Hazard.



*Puerto Plata, Julio 11 de 1844, 1o. de la Patria.
Comandancia General del Departamento*

Sr. Gral. J. P. Duarte:

La copia adjunta, que tengo el honor de acompañaros, es el acto de pronunciamiento de esta población por la Presidencia de vuestra persona. Admitid, Señor, este voto de vuestros conciudadanos y permitidme protestaron las consideraciones de respeto con que me profiero vuestro humilde servidor,

A. L. Villanueva

*Excmo. Señor Presidente de la República.**

Pocos días después volvió Juan Pablo a Santiago sin darse por enterado de que lo consideraban presidente. Antes de partir recibió numerosas visitas, actuó como delegado del gobierno y prometió verbalmente a los puertoplateños contestar por escrito su expresiva manifestación, que tanto agradecía.

Era en la región más extensa, poblada y pujante del país en donde se le tenía por jefe del Estado. Así lo

* El documento a que se refiere esta nota, como las demás actas levantadas entonces en el Cibao, y otros papeles que conservaba Duarte, se perdieron cuando le saquearon su escritorio al serle trasladado a Venezuela con las gavetas sin vaciar, después del destierro. Dice a este respecto Rosa Duarte: “Las actas se las extrajeron con todos los documentos cuando el señor Telésforo Objio le remitió el escritorio a La Guaira; lo recibí abierto, vacío y roto el secreto en donde guardaba papeles muy interesantes”.

revelan la carta transcrita y otra conocida del general Francisco Antonio Salcedo al teniente coronel Manuel Mejía fechada el 20 de julio. Sin embargo, no era aquel un título que lo halagara ni del cual se sintiera ungido por efecto de simples pronunciamientos. La voluntad popular tenía que manifestarse por la vía legal del voto para que tuviera validez.

De nuevo en la ciudad del Yaque y desarrollándose en la capital los acontecimientos, ignorados por él, que dieron al traste con la Junta Central Gubernativa presidida por Sánchez y determinaron el establecimiento de la dictadura santanista, encontró Duarte la fórmula para responder a la petición de los diferentes pueblos. Una fórmula que descartaba su presidencia como un hecho cumplido pero que la admitía como una posibilidad electoral en el inmediato futuro. Una fórmula, por consiguiente, de rechazo a los pronunciamientos en la cual, sin embargo, no había una sola palabra de sentido negativo, ni una expresión mortificante para sus amigos, ni nada que pareciera un reproche o una lección. La fórmula de un maestro y apóstol empujado por sobre las contingencias del momento y mucho más preocupado por la vigencia efectiva de ciertos valores sociales fundamentales que por tener él el mando que se le ofrecía.

Seguramente escribió tantos mensajes de contestación como actas de pronunciamiento se levantaron pero sólo se conoce el dirigido a los puertoplateños, documento excepcional en nuestra historia política, que nos permite saber cómo estuvieron concebidos los que se perdieron.

*Delegación de la Junta Central Gubernativa en el Cibao
Santiago, Julio 20 de 1844.*

A los habitantes de Puerto Plata.

Conciudadanos:

Sensible a la honra que acabais de hacerme, dispensándome vuestros sufragios para la primera magistratura del Estado, nada me será más lisonjero que saber corresponder a ella llenando el hueco de vuestras esperanzas, no por la gloria que de ello me resultaría, sino por la satisfacción de veros, cual lo deseo, libres, felices, independientes y tranquilos, y en perfecta unión y armonía llenar vuestros destinos, cumpliendo religiosamente los deberes que habeis contraído para con Dios, para con la Patria, para con la Libertad y para con vosotros mismos.

Me habeis dado una prueba inequívoca de vuestro amor, y mi corazón agradecido debe dároslo de gratitud. Ella es ardiente como los votos que formo por vuestra felicidad.

Sed felices, hijos de Puerto Plata, y mi corazón estará satisfecho aun exonerado del mando que quereis que obtenga; pero sed justos lo primero, si quereis ser felices. Ese es el primer deber del hombre; y sed unidos, y así apagareis la tea de la discordia y vencereis a vuestros enemigos, y la Patria será libre y salva. Yo obtendré la mayor recompensa, la única a que aspiro: el veros libres, felices, independientes y tranquilos.

Juan Pablo Duarte.

A lo que fue un pronunciamiento le llama “sufragios”; a lo que una aclamación, “esperanzas”: y a la otorgada presidencia, “el mando que quereis que obtenga”. Como diciéndoles que las urnas serían las que dirían la última palabra. Les desaprueba el procedimiento adoptado diciéndoles “sed justos” y les promete sentirse satisfecho “aun exonerado del mando”, es decir, aun sin aceptarlo o derrotado en los comicios, si los sabe libres, felices y unidos. Fue así como quiso señalarles el camino correcto a sus fervorosos amigos de entonces y a los dominicanos de todos los tiempos.

Bajo el imperio del sable

En el Cibao la situación era muy peculiar. Se le había ofrecido la presidencia a Duarte y se estaba en espera de que la asumiera, pero nadie desconocía la autoridad de la Junta de Santo Domingo. La prevención contra el gobierno había más bien disminuido después de la sustitución de los tres anteriores delegados y gracias a la política tranquilizadora desarrollada por Juan Pablo como nuevo delegado, con el apoyo de Mella. La idea que por un momento bulló en algunas cabezas de separarse del resto del país y constituir la República del Cibao no volvió a aflorar. El conflicto local de Santiago se eliminaba con el traslado del general Imbert a La Vega



Gral. Matías Ramón Mella.

y su sustitución por el general Salcedo y en general la calma volvía a los espíritus.

En cambio en la región Sur las circunstancias cambiaban grave y radicalmente.

Después de conocido en la capital el suceso escenificado en Azua el 3 de julio, sabía Francisco Sánchez que sólo recibiendo del Cibao un decidido apoyo a la línea trinitaria sostenida por él y respaldada por el comandante de la plaza, general José Joaquín Puello, podría enfrentar con éxito la actitud rebelde y reaccionaria de Santana y su oficialidad.

La esperanza de obtener este apoyo la fundaba Sánchez en la presencia de Duarte en la región norteña. Por su parte Mella entendió que se consolidaba la rectificación efectuada el 9 de junio promoviendo la proclamación presidencial de Duarte, dado el gran prestigio del fundador de la Trinitaria, pero Sánchez la consideró, imprudente. Podía inducir a Santana y partidarios a botar por la borda el poco escrúpulo que les quedaba y recurrir, en revancha, al mismo expediente ilegal. Si algún respeto le merecía todavía la Junta, se lo iban a perder al ver que las fuerzas del Cibao aparentemente hacían abstracción del gobierno establecido y nombraban por su cuenta un presidente.

Así sucedió en efecto. Doce días antes de que llegaran a la capital los comisionados Mallol y Franco Bidó portando el 24 de julio la participación oficial de la proclamación de Duarte para la presidencia, no existía ya el gobierno de los Trinitarios. Santana había entrado con su ejército en Santo Domingo y había sido proclamado Jefe Supremo.

Los hechos se desarrollaron del siguiente modo:

Menospreciada desde el día 3 la autoridad de la Junta por el ejército del Sur y bien enteradas ya las tropas de Santana, por los informes de Mena y Delorve, de los pronunciamientos del Cibao en favor de Duarte, aquéllas se movieron amenazadoramente en dirección de la capital. Comenzaba así el contragolpe que para anular los efectos del cambio efectuado el 9 de junio venían tramando Santana y Bobadilla con la connivencia del francés Saint-Denys. Desde el punto de vista de los propugnadores del protectorado, la Junta presidida por Sánchez y el movimiento pro Duarte del Cibao eran los dos aspectos de un único frente. Y estaban en lo cierto. No apreciaron la acción cibaëña como un acto hostil al gobierno de Santo Domingo sino, al contrario, como un medio de consolidar un propósito común: el descarte del protectorado. Por eso su reacción se dirigió contra una y otro.

En su marcha los santanistas se detuvieron en Baní. En la capital cundió la alarma. La Junta envió a Santana sucesivos mensajeros para exigirle, con severos apercibimientos, no entrar con sus tropas en la ciudad, y acatar su autoridad. Al mismo tiempo el comandante de la plaza, general José Joaquín Puello, se aprestaba a la defensa. La guerra civil fue una desastrosa inminencia que a Sánchez aterró considerando el peligro que implicaba para la seguridad de la República.

En este crítico momento se movió entre los dos bandos el representante oficioso de Francia en aparente papel de mediador pero en realidad con la intención de precipitar un desenlace favorable a Santana y el pro-

tectorado. Sostuvo enojosas entrevistas con Sánchez y Puello y amenazó con retirarse de Santo Domingo con sus compatriotas y sus barcos, dejando en desamparo al nuevo Estado independiente, si el gobierno destituía al general Santana. La actitud y la dialéctica del francés ejercieron tal influencia en Puello, que éste se distanció de Sánchez y decidió no oponer las fuerzas bajo su mando a la entrada del caudillo militar. A consecuencia de este cambio la ciudad quedó sin defensa, a merced del ejército del Sur.

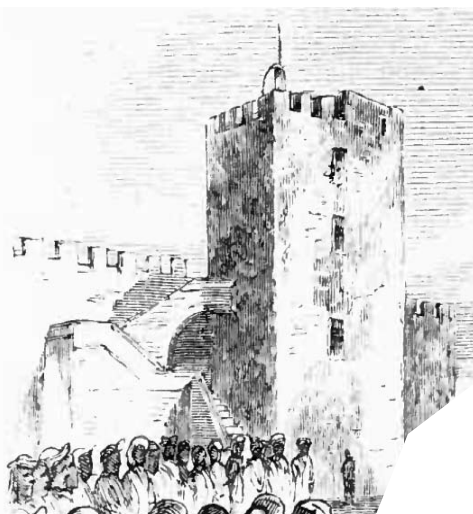
Viéndose sin respaldo militar para al menos exigir condiciones a Santana, Sánchez no tuvo ante sí más camino que desistir de toda resistencia armada y encaminarse a San Cristóbal en procura de un entendido con el jefe en rebeldía, en interés de la paz y la concordia. Lo acompañaron el capitán Jacinto de la Concha y el subteniente Justiniano Bobea. En la entrevista de ambos, que tuvo lugar en la Iglesia parroquial, Santana se comprometió a entregar al gobierno las tropas bajo su mando y retirarse a su casa para atender a sus quebrantos. Según un testimonio de la época, hasta prometió apoyar la presidencia de Duarte. Pero estos propósitos sólo fueron un efecto pasajero del ascendiente personal de Sánchez.

El ejército expedicionario hizo su entrada en la ciudad, sin incidentes, el 12 de julio y una vez en ella violó las promesas de su jefe.

Durante ese día los miembros del gobierno se mantuvieron reunidos en palacio, en sesión permanente, en espera de que se efectuara formalmente la entrega convenida. En lugar de ésta lo que hicieron las tropas llegadas fue desfilar con música y banderas por las calles

principales, con la evidente intención de impresionar a los vecinos, y luego alojarse en la fortaleza Ozama junto a la guarnición de la ciudad, haciendo caso omiso de la expectante Junta y libertando a personas detenidas por sus actividades reaccionarias.

Al otro día, 13 de julio de 1844, parte de las huestes santanistas y de los soldados acuartelados en la ciudadela bajo el mando de Puello se formaron desde temprano en la plaza de Armas. Sánchez, Pina y Pérez observaban desde el palacio, rodeados de algunos leales. En las caras de los demás miembros de la Junta y en las miradas poco amistosas de gente que entraba y salía preveían el hecho que se avecinaba. Estaban desarmados y sin la más mínima protección militar. Sólo les quedaba la adhesión moral y la simpatía de los capitaleños, que a falta de armas adoptó desde aquel día una insignia floral, a manera de desafío romántico a la fuerza bruta: el impoluto jazmín de Malabar, abundante en los patios de Santo Domingo. En las cabelleras de las muchachas y en las solapas de los jóvenes de la capital dominicana, esa flor fue en lo adelante el símbolo del ideal trinitario, opuesto a las bayonetas de la reacción. Siendo la divisa de “los filorios”, al jazmín de Malabar se le llamó desde entonces “la filoria”. Es la flor a la que seguramente se



Torre del Homenaje,
grabado por Samuel Hazard.

referirá Duarte, en tiempos posteriores, en unas cuartetas que dicen:

*Es cual rosa de montaña,
de Quisqueya flor sencilla,
que da vida y no mancilla
ni tolera flor extraña.*

*Rosa, cruz, por fin, y estrella
ante Dios omnipotente,
con que ha iluminado el Ente
de los entes a Quisqueya.*

A eso de las once oyeron los Trinitarios un rumor de cascos en la plaza y pusieron atención. En forma espectacular habían llegado a caballo Santana y su estado mayor, y se habían colocado frente a la formación militar. En el grupo podían ver a Tomás Bobadilla y a los hermanos Felipe y Antonio Abad Alfau. Sonaron las cornetas y tambores; los soldados presentaron armas y el pueblo, curioso y silencioso, se arremolinaba en los alrededores.



Tomás Bobadilla y Briones.

De entre los soldados salió un grito, y otro grito, y otro y otro, hasta llenarse la plaza de una vocinglería que resonaba en los muros de la catedral. Los oficiales que rodeaban a Santana levantaban frenéticamente sus

espadas y los soldados de línea sus fusiles lanzando consignas a todo pulmón. Algunos militares alzaban y agitaban sus sombreros.

Desde el palacio oyeron claramente los Trinitarios lo que gritaban en la plaza dirigiéndose a ellos con ademanes amenazantes.

— ¡Abajo la Junta! ¡Viva el general Santana! ¡Viva el jefe supremo del pueblo!

Se habían quedado casi solos y resolvieron bajar a la plaza para enfrentar directamente al comandante en jefe del ejército expedicionario y definir la situación. Descendieron serenamente por la escalera de honor y caminaron en dirección de la tropa en busca del general aclamado, el pecho erguido y la mirada levantada. El primer movimiento de los insubordinados fue de sorpresa y respeto. Les abrieron paso y por un momento cesaron las voces. Se detuvieron cerca de Santana, quisieron hablar, pero algunos sables se desenvainaron y hubo gritos otra vez.

Lo que ahora le vocearon fue algo más directo y significativo; fue una expresión de rechazo a su condición de hombres ilustrados, dicha y repetida hasta convertirse en lema de guerra de los alzados, lo cual caracterizó más el sentido de aquel momento:

— ¡Abajo los filorios!

Ellos eran los filorios; los despreciables filorios; los jóvenes instruidos que debían ser depuestos por la ignorancia armada por desear “la loca independencia”.

Era tal la majestad de su porte y la serenidad de sus semblantes —dice Rosa Duarte en sus Apuntes— que a pesar de querer destruirlos, no se atrevían a tocarlos.

Luego agrega:

Ellos, los dignos hijos de mi amada patria, los que tantas pruebas tenían dadas de valor, abnegación y patriotismo, sin darse cuenta del peligro que corrieron, atravesaban las turbas retirándose a sus casas. Al fin el terror invadió la ciudad, todo era confusión y espanto. El pueblo temblaba bajo el imperio del sable.

Palabras estas que parece recogió textualmente la cronista, de los labios convulsos del esclarecido hermano cuando en 1869 rememoraba los hechos que le habían sido relatados.

Una proclama lanzada por el general Santana al día siguiente, 14 de julio, dio una primera forma de gobierno de facto a la sublevación militar, pero todavía la situación no se definía. No se tomaba ninguna medida directa contra los inermes Trinitarios y éstos volvieron al palacio ese día y el 15, con solamente sus propias espadas.

La proclama, redactada por Bobadilla y firmada por su jefe, estaba dirigida al pueblo y al ejército. En ella les decía Santana que colocado en la presidencia del gobierno provisional que regía el país desde que “un puñado de patriotas” había dado el grito de separación y libertad, no quería aceptar la autoridad ilimitada que se le había conferido pero sí “la suficiente” para reorganizar la Junta y mantener en ella a quienes legalmente la componían, hasta la formación del gobierno definitivo, jurando no cansarse de gritar a sus conciudadanos: “amigos, hermanos, indulgencia, paz, unión”.

Persecución

Bien pronto demostraron los hechos lo lejos que estaba de ser sincera la promesa de Santana. En la mañana del 15 dispuso éste pasar de la fortaleza al palacio resuelto a aclarar la confusa situación reinante desde el 12. Allí estaban Sánchez, Pina y Pérez. El ruido de los sables y las espuelas les anunció la llegada del jefe militar y acompañantes. La decisión que éstos llevaban era la de imponer una reestructuración de la Junta expulsando a los Trinitarios y sustituyéndolos por hombres del propio bando. El procedimiento, improvisado al correr de los hechos, no pudo ser más tosco.

Una vez en la planta alta y en presencia de los patriotas duartistas que la ocupaban desde el 9 de junio, un santanista que se distinguía como quisquilloso y penden-ciero: el titulado coronel Juan Ruiz, les gritó:

— ¡Esa Junta no existe, desde el momento en que el general Santana ha sido proclamado jefe supremo!

Al noble y exaltado Juan Isidro Pérez le sube la sangre a la cabeza y dirige duros epítetos a Ruiz. La indignación le impide medir el peligro. Ruiz le responde con expresiones desafiantes y ambos desenvainan sus aceros. Santana trata de evitar el lance y acto seguido se produce en su rededor un recio forcejeo. La emoción enajena momentáneamente a Pérez. En él se mezclan ahora el valiente patriota y el actor trágico de los días de la Sociedad Dramática. Quiere consumir en la realidad la tragedia vivida por él, años atrás, en el mundo de la ficción. Ya no es Ruiz sino Santana el objeto de su ira santa.

—¡Si Roma tuvo un Bruto, Santo Domingo también lo tiene! —exclama, y rápidamente dirige su espada hacia el caudillo.

En su clarividencia, ha visto Juan Isidro ante sí a un César en potencia.

Santana apenas se inmuta y requiere su sable al tiempo que la rústica guardia que le sigue lo protege blandiendo machetes, trabucos y pistolas. La conmoción se extiende hasta la plaza y aumenta el vocerío.

¿Qué pasa? — pregunta la gente, azorada.

—¡Asesinan al general Santana! —es el rumor que desciende desde el palacio.

Los hermanos Alfau hacen esfuerzos por aplacar los ánimos, pero el irreflexivo Juan Ruiz los anula ordenando a sus subalternos la eliminación de Pérez.



Juan Isidro Pérez amenaza al general Pedro Santana.
Dibujo por Gonzalo Briones.

Este salta, se hace un claro con su arma y se defiende con habilidad de espadachín. Cuando la tragedia parece inevitable, dada la desigualdad del combate, se mueve rápidamente Felipe Alfau y cubriéndole el cuerpo libra al antiguo compañero trinitario de una muerte segura. Es su adversario político pero también es el viejo amigo cuya

grandeza de alma conoce. Lo agarra fuertemente y baja con él escudándolo. En la calle creen en tanto que han matado a Santana. Cuando en medio del tumulto la tropa santanista ve salir a Alfau sujetando a Pérez, supone en éste al autor del homicidio y le va encima. Por fortuna está ahí —por puro azar, según su relato— el cónsul Saint-Denys, y Alfau le solicita amparar a Juan Isidro. El francés no vacila en acceder al pedido, no obstante ver en Pérez “al enemigo más encarnizado de Francia”, y lo lleva a la sede del consulado en la calle de la Universidad (hoy Padre Billini).

En el palacio no ha habido una entrega formal del gobierno, pero Santana y Bobadilla se quedan en él y Sánchez y Pina son desalojados.

Empeñado en restablecer el orden, un momento después baja Santana a la plaza acompañado de su séquito y se hace ver desde la grada del llamado Altar de la Patria. Allí dirige palabras tranquilizadoras a la tropa y al pueblo. Ya Saint-Denys se retiraba con Pérez, seguidos de cerca por un grupo de leales a los caídos, dejando el campo a la dominante soldadesca.

Así; por obra de un puro acto de fuerza, sin ceremonia alguna, dejaron de gobernar los Trinitarios duartistas que desde la acción patriótica del 9 de junio asumían el control de la Junta y evitaban la destrucción de la independencia. Ellos personalmente quedaron derrotados, pero no su doctrina. Aun en manos de los reaccionarios protectoralistas, la República Dominicana siguió siendo el Estado soberano concebido por Duarte y proclamado el 27 de febrero. Contra toda lógica expectativa, la petición a Francia no se renovó ni Francia modificó su

anterior actitud. Algunas razones de hecho y algunas circunstancias de alcance internacional pueden exponerse para explicar el caso, pero en lo básico no puede dejar de percibirse el peso moral de la doctrina trinitaria, hecha realidad jurídica en el grito de febrero y reiterada por la fuerza del “verdadero pueblo” el 9 de junio.

Al siguiente día, 16 de julio, hubo en palacio una reunión promovida por Santana y Bobadilla a la que fue Sánchez invitado. Con la esperanza todavía de que podía volverse a la concordia aceptó concurrir el depuesto presidente. También estuvieron Manuel Jimenes, José Ramón Delorve, Felix Mercenario, Carlos Moreno y Toribio Marión. El objeto era formar una nueva Junta. El proclamado jefe supremo leyó una declaración por la cual expresaba que como todavía la Patria estaba en peligro se reservaría

todas las facultades necesarias para mantener el orden público y la seguridad de los habitantes, y para tomar todas las demás medidas que fueren precisas a la defensa del país.

También reclamó para sí la facultad de “movilizar la fuerza armada, según lo exigieran las circunstancias, en favor de la salud de la Patria y del bien de todos”. En esta declaración, que en la forma es bobadillesca y en el fondo santaniana, podemos descubrir el primer antecedente de lo que iba a ser el famoso artículo 210 de la Constitución de la República, salido del mismo binomio. La amplitud de sus términos no fue más que el instrumento político que Santana necesitaba para agrandar hasta el infinito la anunciada “autoridad suficiente” de que haría uso como

gobernante y establecer un régimen contrario al anunciado propósito de fraternidad e indulgencia. Esa primera declaración de intenciones de corte dictatorial en la historia de la República dejó trazado, en el plano ideológico y en la formulación literaria, el patrón que iban a seguir todos los déspotas en lo sucesivo.

Sánchez, sobrado de patriotismo y escaso de malicia, hizo de tripas corazón, ganoso de ver buena fe y real propósito conciliador en Santana y sus sustentadores. Si alguna verdad había en que la política de éstos iba a ser, según la proclama, de fraternal unión entre los dominicanos y de indulgencia en beneficio de la paz, lo patriótico era superar la momentánea división, perdonar y olvidar los agravios para reconstruir prontamente el frente nacional ante el enemigo común. El estaba seguro de coincidir con Juan Pablo en esta actitud, que muy bien podía combinarse con una vigilancia protectora del principio de soberanía si se volvía a la idea de su mediatización.

Pero la ingenuidad de su alma no le impidió ver, al entrar en contacto con los adversarios de la víspera, que aquella proclama del 14 no había sido sino palabras encubridoras de sentimientos de venganza, odio y ambición; que la nueva declaración de Santana contradecía sus primeras intenciones y envolvía serias amenazas. Además, la reserva y el desdén con que lo miraban los



Pedro Alejandrino Pina (Miembro fundador de la Sociedad Secreta La Trinitaria).

vueltos al palacio no lo llamaban a engaño. Cuando se enteró, por expresiones del propio Santana, de que lejos éste de propiciar el esperado avenimiento con los duartistas, lo que anunciaba era la persecución contra Duarte y Mella, se levantó intensamente preocupado y tomó el camino de su casa. El 18 era ya un prisionero de Santana en unión de Pina.

Como si el peligro para la Patria a que había aludido el jefe supremo en su proclama hubiera estado constituido por sus creadores, patriotas insospechables, las persecuciones desatadas por él estuvieron dirigidas únicamente contra los Trinitarios y sus amigos. Además de los miembros depuestos de la Junta, en la capital fueron reducidos a prisión Vicente Celestino Duarte, su hijo Enrique, Manuel María Valverde, José Diez, Mariano Chagas, Buenaventura Freites, José Ramón Ortiz, Rafael Rodríguez, José del Carmen García y Cesáreo Prado. Hubo seguramente otras órdenes de prisión contra duartistas, que no pudieron ser cumplidas por estar ausentes de la ciudad los perseguidos.

Al conocerse en el Cibao los graves sucesos de la capital, la consiguiente conmoción tomó forma en dos corrientes opuestas. Entre los duartistas, indignados ante el hecho de Santana, el primer impulso fue marchar sobre el ejército del Sur y dominarlo, puesto que creían contar con fuerzas y popularidad superiores, pero pronto se impuso la tendencia a evitar el conflicto y procurar un arreglo con los opositores erigidos en gobierno. Del lado santanista, el antiguo delegado del gobierno, Pedro Ramón de Mena, en contacto secreto con la nueva situación establecida allende la cordillera, no perdió tiempo en aprovechar la

perplejidad producida en algunos hombres de armas por la actitud de reserva de Duarte, para invitarlos a desertar de las filas duartistas.

En aquellos momentos cobró repentina importancia la actuación espontánea del cura de Puerto Plata, el culto y valiente doctor Manuel González de Regalado y Muñoz. Sabedor de la situación reinante, se trasladó a Santiago con el general López Villanueva y buscó a Juan Pablo. Lo encontró consternado ante las noticias llegadas de Santo Domingo. En el Sur dominaba Santana y encarcelaba a sus amigos los patriotas independentistas. En el Norte, él había sido propuesto para la presidencia de la República y contaba con el apoyo de la región.

—¿Qué hacer? —se preguntaba el patricio en su entrevista con el sacerdote— ¿Constituir un gobierno de facto y oponerlo al de Santana, en peligrosa confrontación? ¡Imposible! ¿Resistir por la fuerza la inminente embestida de los santanistas? No es lícito dar lugar a un conflicto interno en estos momentos. ¡No seré yo quien asuma ante la Historia la responsabilidad de ser manzana de discordia! Renuncio al recurso de la guerra civil para defender un gobierno irregular y me adhiero a todos los esfuerzos tendientes a reconciliar las partes encontradas. Si Santana es un patriota que merece la confianza de la mayoría del pueblo, que gobierne él. Si el mayor número de votos favoreciere mi candidatura, aceptaría el deber de gobernar. Lo que esencialmente desean y necesitan los dominicanos es su independencia, su paz, su justicia y su prosperidad.

Alentado por las manifestaciones de Duarte, se encaminó el padre González Regalado a aplacar la furia de

Mella en la fortaleza de San Luis. Reunidos en el local de la comandancia y después de cuerdas reflexiones del visitante, ambos convinieron en promover de urgencia una asamblea de militares y personas notables, en presencia de Duarte, para encarar la situación y tomar el acuerdo que más conviniera al país, relegando orgullos e intereses.

Fue el religioso quien llevó la voz cantante en la reunión:

—Los únicos gananciosos en una contienda civil entre dominicanos serían nuestros antiguos dominadores, que continúan al acecho para caer otra vez sobre su codiciada presa. Excluyamos pues toda posibilidad de recurrir a las armas para imponer el gobierno presidido por el general Duarte y evitemos tener que resistir por la fuerza un ataque de las huestes de Santana. Con la mira puesta en la salud de la Patria, tenemos que lanzarle al adversario una rama de olivo. Propongámosle concertar con nosotros un temperamento conciliatorio para que ninguna de las dos partes enfrentadas aparezca desairada o imponiéndose a la otra.

A las palabras del sacerdote siguió un cambio de pareceres y luego una votación. La mayoría se decidió por la solución en que ya había pensado Duarte: nombrar una comisión presidida por el propio Mella para que se trasladara inmediatamente a la capital y arrojando todos los riesgos propusiera a Santana un entendido basado en

la renuncia momentánea de los dos prohombres que se hallaban enfrentados, a condición de ser propuestos al pueblo indistintamente como candidatos para la presidencia y vicepresidencia de la República, debiendo considerarse el fallo de la nación como irrevocable.

Otra figura de primera magnitud fue incorporada a la comisión, junto con Mella, pero que a última hora no pudo viajar: el general José María Imbert, principal responsable de la victoria dominicana del 30 de marzo. También la integraron el coronel Miguel Rojas, los tenientes coroneles Vidal Pichardo y Vallon Simon, el capitán Juan José Illás y otros militares de menor graduación.

Juan Pablo convino en trasladarse nuevamente a Puerto Plata con el padre González Regalado y el general López Villanueva, a esperar el resultado de la misión de paz de la comisión duartista, que sin pérdida de tiempo se puso en el camino de la capital.

A raíz de estos hechos, el antiguo comisionado Pedro Ramón de Mena lograba conquistar al general Francisco Antonio Salcedo para que aprovechando la ausencia de Mella pronunciara en favor de Santana nada menos que la plaza de Santiago, punto focal de las fuerzas regionales, y también a Moca. Lograda por De Mena esta importante conquista, el resto fue fácil. El comandante de La Vega, Manuel Mejía, puesto al corriente de la actitud de Salcedo, se proclamó también desligado del compromiso contraído con los duartistas y se alió a aquél para desconocer la presidencia de Juan Pablo y acatar la autoridad del jefe supremo entronizado en Santo Domingo. Lo mismo hicieron los comandantes de las demás plazas norteañas. Ellos no habían entendido bien que un hombre del prestigio de Duarte hubiera menospreciado el puesto de mando que se le había ofrecido y además atribuyeron a debilidad la actitud conciliatoria del comandante del departamento. Lo que percibieron fue un caudillo fuerte que irradiaba su poder desde la capital y a esta situación se atuvieron.

La noticia que le llegó a Duarte expectante en Puerto Plata no fue precisamente el resultado de la misión patriótica encomendada a Mella y compañeros. Fue al contrario la lúgubre señal del creciente predominio del antiguo hatero que del glorioso papel de guerrero defensor de la independencia había pasado a ser el poderoso rival suyo en el período preparatorio del gobierno definitivo en la nación en ciernes.

Una mañana de principios de agosto los pobladores de la villa costera oyeron acompasados cañonazos disparados en el fuerte de San Felipe. ¿De qué se trataba? ¿Repelía la plaza el ataque de una flotilla haitiana? Algunos contaron los disparos. Fueron veintiuno. Una salva. Pronto se supo la verdad. En el fuerte lanzaban vivas al general Santana. La plaza se pronunciaba por el caudillo del Sur.

A Duarte le llegó rápidamente la nueva, al tiempo que la casa en que se alojaba se llenaba de amigos. Los

Fuerte de San Felipe,
Puerto Plata, Rep. Dominicana.



oficiales de su escolta, dirigidos por su leal e inseparable Juan Evangelista Jiménez, se colocaron en posiciones de alerta. Ahí estaban el padre González Regalado y el coronel Gregorio del Valle. También Pedro Eduardo Dubocq. Pero no estaba el general López Villanueva.

—¿Qué ocurrirá ahora? —se preguntaban. Todo el día se mantuvieron a la expectativa, y también el siguiente, sin comunicación alguna con el fuerte.

Hubo bando anunciando el cambio operado y pequeñas manifestaciones en las calles, pero los autores del pronunciamiento no tomaban medida alguna contra Duarte. Este se mostraba sereno, si bien internamente sentía profunda tristeza. Al tercer día la concurrencia de amigos disminuyó sensiblemente y en las esquinas próximas fueron colocados centinelas enviados desde el fuerte de San Felipe. Se propagó en el pueblo la noticia de que Pedro Ramón de Mena dirigía la situación desde el recinto militar. A Duarte no le preocupaba su seguridad personal, pero a sus allegados les inquietaba que permaneciera como estaba, en pleno pueblo, a merced de los adversarios triunfantes. Dubocq lo invitó a que se trasladara a su casa de campo fuera de la población, en la ladera de la loma de Isabel de Torres. Los circunstancias apoyaron con calor el ofrecimiento. El padre de la República lo agradeció y de momento no lo aceptó.

—No espero que me pase nada. No creo que los santanistas ejerzan persecución contra un hombre que habiendo sido proclamado presidente y contando con un ejército y el apoyo de toda una región prefirió no romper la legalidad y elegir el camino de la concordia. Pero todavía esté yo equivocado y me encuentre realmente en

peligro, no me defenderé. Que se ensuelvan en mí todos los males que pudieran venirle a la Patria.

Los amigos insistieron a una voz en la propuesta de traslado hasta que al fin Duarte, encogiéndose de hombros, convino en cambiar de residencia. Unos pocos leales lo acompañaron, dispuestos a prestarle su protección en caso de intentarse un atropello.

Aquel hombre que fue todo entusiasmo, todo voluntad, todo dinamismo en la preparación de un Estado independiente, en las condiciones más adversas; aquel apóstol y caudillo que supo dirigir con habilidad y perseverancia durante años una conspiración libertadora y que insufló en sus discípulos y seguidores el fuego del ideal y la disposición heroica que en su ausencia obligada dio remate a su proyecto; aquel ser de gran fibra moral e inteligencia puestas a prueba tantas veces, estaba ahora, en su refugio montañés, anonadado por la pena, sin tornar iniciativa alguna, aturdido ante la cruda realidad de una sociedad inmadura que torpemente daba sus primeros pasos como nación soberana, y dejando que los acontecimientos se precipitaran sobre su cabeza.

En su insondable tristeza, una esperanza lo consolaba: que vencido él volvería la paz interna, condición necesaria a la seguridad y progreso del país. Su intuición y sus razonamientos le decían que lo del protectorado no podía prosperar ya. Era reveladora al respecto la redacción del decreto del 24 de julio, cuyo texto le había sido llevado por manos amigas. Ese decreto convocaba al pueblo a elecciones de diputados al Congreso Constituyente y por sus términos se veía que el proyecto de protectorado había sido descartado. Era claro que Santana y Bobadilla solo

contemplaban en el inmediato futuro el establecimiento de una república independiente. No tratándose pues, en aquellos momentos, de una lucha por la liberación de la Patria sino por la conquista del poder, a los arrestos del antiguo caudillo se substituía ahora la resignación del patriota puro carente de ambición.

La pasión comienza

Dejemos a Duarte callado y meditabundo en la soledad de la casa de campo de Pedro Eduardo Dubocq, en la afectuosa y vigilante compañía de unos pocos leales, y volvamos a Santo Domingo para ver lo que había ocurrido a la llegada el 24 de julio de los comisionados Franco Bidó y Mallol y después de ella. Estos eran los portadores del mensaje de Mella a la Junta y se fueron derecho al palacio de gobierno. El conocimiento del cambio de gobernantes operado antes de su viaje no les pareció suficiente motivo para que dejaran de entregar el mensaje al nuevo presidente del cuerpo colegiado.

En aquel momento firmaban los miembros de la Junta el decreto convocando a los pueblos para la elección de diputados al Congreso Constituyente.

Santana recibió la misiva y la leyó. Tenía la fecha del 19 de julio y estaba escrita en una forma que hace pensar en la posibilidad de que cuando Mella la redactó alguna noticia tenía ya de que a esas horas era o podía ser Santana el dueño de la situación:

Decía:

*“Dios, Patria y Libertad
República Dominicana
Santiago (19 julio, 1844)*

En virtud del silencio que ha guardado la Junta a los muchos pedimentos que le han hecho para remediar los males que nos amenazan, he determinado nombrar una Comisión para que a nombre y representación de los pueblos del Cibao exponga a la Junta las necesidades, las exigencias, la justicia con que me he dirigido al Gobierno por el bien y felicidad de mi patria, también manifestarles a Uds. que los pueblos y el Ejército del Norte ansiando por un gobierno definitivo ha proclamado Presidente de la República Dominicana al General Duarte, con la condición de que salve al país de la dominación extranjera y que convoque la constituyente, y remedie la crisis de la Hacienda Pública.

Estos pueblos desearían que esa pequeña parte de la República conociera como ellos el justo motivo que les impulsa a tomar esta medida para que ni siquiera haya una divergencia de opiniones. Mañana remitiré los procesos verbales de los pueblos y del ejército sobre la elección de la Presidencia en la persona del General Duarte, etc., etc.

El general saltó de su asiento y con Bobadilla se dirigió a la fortaleza. Momentos después el ejército estaba formado en la plaza de Armas, rodeado de multitud de curiosos. Sonaron las fanfarrias para atraer a la gente y el cornetín de órdenes entonó el toque de silencio. Un oficial a caballo leyó estentóreamente, a los cuatro vientos, una violenta proclama. En ella el gobierno denunciaba y

condenaba en términos durísimos lo ocurrido en el Cibao y declaraba traidores a la Patria a los generales Duarte y Sánchez, a los coroneles Pina y Pérez, y con ellos a todos cuantos apoyaban la presidencia de Duarte.

A continuación de la lectura de la proclama, voces previamente dispuestas pidieron desaforadamente la cabeza del proclamado presidente. El mismo día agentes santanistas comenzaron a solicitar las firmas de sumisos ciudadanos al pie de un documento en que se pedía castigo ejemplar a los culpables. ¡Los autores de la independencia iban a pagar con la vida su oposición al déspota protectoralista! Este temor sobrecogió a la ciudad. La noticia llegó a la casa de los Duarte en Santa Bárbara como una onda de mortal estremecimiento. Doña Manuela y sus hijas temblaron y lloraron.

Al día siguiente hubo un rasgo que ha pasado a la posteridad, gracias a que Rosa Duarte lo recogió en sus *Apuntes*. Numerosos militares y civiles habían firmado ya la petición, entre éstos algunos extranjeros. ¿Se atrevería alguien a negarse? Un español, Juan Abril, amigo de Juan Pablo, se atrevió. Alegó su condición de extranjero y dejó desairados a los colectores de firmas. Consternado ante el grave peligro que corrían los Trinitarios preparó otro documento hábilmente redactado en que se solicitaba al gobierno, no la muerte sino la expulsión de los vencidos. Sabía el peninsular que tampoco merecían ese castigo pero en su deseo de salvarles la vida se le ocurrió esa estratagema. Circuló y fue firmado por muchos padres de familia. Este rasgo de Juan Abril, unido a otro posterior de Abraham Coën, también extranjero, los libró de la muerte, como luego se verá.

Otra de las medidas tomadas por Santana y Bobadilla al recibirse el mensaje de Mella fue despachar con destino a Puerto Plata la goleta de guerra bautizada con el nombre de “Separación Dominicana”. Estaba capitaneada por Juan Bautista Cambiaso y llevaba alguna tropa. Su misión era traer presos del Cibao a Juan Pablo Duarte, Ramón Mella y demás disidentes.

No tardaron Mella y sus compañeros de comisión en llegar a Santo Domingo. Venían con ánimo conciliatorio, ansiosos de lograr una fórmula de avenimiento con Santana que evitara la guerra fratricida y restableciera la tranquilidad en la naciente república. Algo sabían de lo ocurrido en la capital y en el Cibao durante su viaje, pero ignoraban que en la ciudad sureña reinaba un ambiente de terror y guerra, impuesto por quienes se habían adueñado del poder y estaban dispuestos a recurrir a los extremos más violentos para eliminar cuantos elementos hubiera que se opusieran a su absoluto predominio. Tampoco se daban cuenta de que para aquella fecha el duartismo no era ya una fuerza militante en condiciones de presionar para lograr un acuerdo.

La guardia de la puerta del Conde estaba prevenida de su posible llegada y había sido convenientemente reforzada. Allí había gente que conocía bien al general Mella. Cuando el 28 de julio los vieron cabalgar bajando de San Carlos en dirección de la entrada de la ciudad, se llamó a alerta a los soldados y pronto los recién llegados quedaron rodeados de fusiles.

—¡Ríndanse presos! — gritó el oficial.

Mella se sobrepuso a su estupor y al impulso de resistir y respondió:

—¡Traemos una misión de paz! Venimos a parlamentar con el general Santana para armonizar los intereses encontrados y restablecer la concordia. Pido que se nos trate con el respeto y la consideración que son habituales en estos casos y se nos acompañe a presencia del general Santana!

Por toda respuesta el oficial les requirió la inmediata entrega de sus armas, bajo amenaza de muerte. Luego fueron atados de manos y conducidos por la calle del Conde entre dos filas de soldados hasta el palacio de gobierno.

En la puerta principal estaba el coronel José Familias, pariente de Santana por la línea materna, acompañado de la guardia de prevención. Al ver llegar a Mella y compañeros en aquellas condiciones de indefensión, faltó a aquel improvisado militar el más elemental sentimiento de caballerosidad y se fue al encuentro del héroe febrerista con palabras insultantes. Enardecido por sus propias expresiones y no teniendo ante sí a nadie que lo contrariara, llegó al extremo de arrancarle de los hombros a Mella sus charreteras de general. Este fue llevado en seguida a presencia de Santana, quien en ese momento presidía una reunión de la Junta Central Gubernativa.

El caudillo gobernante ensayó tratarlo con alguna cortesía y comenzó a interrogarlo. Mella, indignado al máximo por el ultraje inferido a él y a los miembros de su séquito, puso a prueba su indómita valentía y sus dotes expresivas, y aun previendo el fin que se le podía tener reservado, se las cantó claras a Santana. Le imputó haber violado las normas usuales para con un beligerante que se acerca a conversar, y le enrostró su abuso de poder

contra los patriotas que habían hecho la independencia y la sostenían inspirados en el bien de la Patria.

Aquel interrogatorio se había convertido en un debate en que Santana llevaba la peor parte, y el iracundo presidente lo cortó bruscamente ordenando el inmediato traslado de los presos a la torre del Homenaje.

En la cárcel le aguardaba el grupo de los caídos: Sánchez, Pina, Vicente Celestino y correligionarios duartistas. Fue encerrado en celda aparte. Pérez, bajo la protección del cónsul de Francia —como se recordará—, había sido puesto a bordo de la barca francesa “Euryale”, provisto de un salvoconducto expedido por el gobierno.

Días después se les hizo llevar a los cautivos la versión de que se les condenaría a muerte o quizás al destierro. También, se les acercaban individuos expresamente mandados para inducirlos a manifestarse contra Duarte y declarar su adhesión al general Santana a cambio de libertarlos y sobreseerles el proceso que se les instruía. Todos rechazaron las insinuaciones. La respuesta de Pina ha llegado hasta nosotros:

—Dígale al general Santana que prefiero no sólo el destierro sino la muerte misma antes de negar al hombre que reconozco como caudillo de la Separación.

Mientras tanto en las deliberaciones del palacio se vacilaba entre condenarlos a la última pena, a la cual se inclinaban Santana y sus conmlitones, o al destierro perpetuo como lo habían solicitado sesenta y ocho padres de familia a nombre de toda la ciudad, a iniciativa de Juan Abril.



General Pedro Santana Familias.

Abraham Coën era un comerciante judío nacido en Jamaica que con el ascendiente que le comunicaba su condición de dueño de barcos y prestamista del gobierno osó decir a Santana:

—*¿Fusilar a esos hombres? ¿Está usted loco? No, señor; de ningún modo. Expúlselos usted si cree que le hacen daño.*

Esta generosa intromisión parece que fue decisiva. El 22 de agosto dio a conocer la junta de gobierno, mediante bando, un documento redactado por Bobadilla y Caminero, con forma de sentencia judicial pero que no fue sino una excesiva medida de autoridad ejecutiva.

A saber:

**RESOLUCION DE LA JUNTA CENTRAL GUBERNATIVA*
DECLARANDO TRAIADORES A LA PATRIA A LOS GENERALES
JUAN PABLO DUARTE, RAMON MELLA, FRANCISCO
SANCHEZ Y OTROS CIUDADANOS CONDENANDOLOS A
DESTIERRO PERPETUO.**

El 22 de Agosto del 1844, la Junta Central Gubernativa, presidida por el Gral. Pedro Santana, tomó la siguiente resolución:

“Dios, Patria y Libertad, República Dominicana. La Junta Central Gubernativa. Reunida competentemente en el lugar ordinario de sus sesiones, donde estaban presentes el Presidente de ella, el Sr. Pedro Santana, General de División, Jefe Supremo por voluntad de los pueblos y del ejército, y los demás miembros presentes de los diferentes departamentos de la República, a saber: los Señores Manuel Jimenes, General de División, Félix Mercenario, Toribio Mañón, Tomás Bobadilla, J. Tomás Medrano, T. Villanueva y Norberto Linares, con el objeto de decidir sobre dos peticiones que le han sido presentadas, la una por varios ciudadanos notables, padres de familia de esta ciudad, que contiene 68 firmas, y la otra por dos oficiales superiores y demás del ejército, que contiene 628 firmas, en las cuales han hecho presente: “que es de absoluta necesidad, que para la seguridad y tranquilidad del país, se castigue a todos los autores y cómplices de la sedición, a cuya cabeza ha figurado el General Juan Pablo Duarte, y cuyo objeto fué trastornar y derrocar el Gobierno Supremo establecido en virtud del Manifiesto de 16 de Enero que formó las bases de la revolución. Acta que emanó de los pueblos que ellos acogieron y sancionaron

* Ramón Lugo Lovatón, *Sánchez*, Tomo II.,

con una aprobación tácita y espresa, y que fué el norte que siguieron con entusiasmo en la defensa de sus derechos y en las gloriosas acciones que harán eterna la memoria de la República Dominicana, y cuyo Manifiesto determina la voluntad, mantiene en el círculo que en ella ha trazado la conservación de la ley fundamental y los derechos del pueblo, y por consiguiente es sagrada e inviolable como el instrumento de la conservación de la sociedad, teniendo a más por objeto la dicha sedición: exitar entre los ciudadanos la división y la guerra civil, haciendo que los unos se armasen contra los otros, bajo la calumnia especificativa de que el país, había sido enajenado a una nación extranjera para restablecer la esclavitud, con la idea de sustituir al pabellón de la cruz Dominicana, otro de los de la República de Colombia; proyectos que inspiraban una subversión general en el orden establecido, y en los principios, y que usurpaban y atacaban los derechos y la soberanía de los pueblos”.

Visto el contenido de dichas peticiones.

Vistas las diferentes actas y comunicaciones oficiales de los pueblos de los departamentos del Cibao, donde el dicho General Duarte, protegido y favorecido por el general de brigada Ramón Mella, comandante en jefe de aquellos departamentos, abusando de sus poderes y facultades se hizo el primero proclamar en Santiago, en Moca y en Puerto Plata por una porción de la pequeña guarnición que allí había, Presidente de la República Dominicana; para lo cual se hizo valer que llevaba recomendación particular del Gobierno o de algunos de sus miembros que cooperaron a este proyecto, traicionando sus deberes y la confianza pública de que se hallaban investidos.

Vista una carta del dicho general Mella dirigida al general Francisco Sánchez, Presidente entonces de la Junta Central, aunque sin fecha, en que le dice entre otras cosas alusivas al mismo asunto: “estos pueblos no tuvieron más trastornos que la venida de la Delegación; se acabó esta con la llegada de Juan Pablo, ¡gracias a Dios! En fin, concluyo diciéndote, que llegó mi deseado y que se lo devolveré Presidente de la República Dominicana”.

Vista otra carta del mismo Mella, dirigida a la Junta Central Gubernativa, su fecha 19 de Julio en que le dice:

‘he determinado nombrar una comisión compuesta del coronel Mayol y del comandante Juan Luis Franco Bidó, para que a nombre y en representación de los pueblos del Cibao, exponga a la Junta sus necesidades, sus exigencias y la justicia con que me he dirigido al gobierno por el bien y la felicidad de mi Patria. También manifestarán a Vdes. que los pueblos y el ejército del Norte, ansiando por un Gobierno definitivo, han proclamado Presidente de la República Dominicana al general Duarte, con la condición de que se salve el país de la dominación extranjera, y que convoque la constituyente y remedie la crisis de la hacienda pública’.

Estos pueblos desearían que esa pequeña porción de la República conociese como ellos, el justo motivo que les impelía a tomar esta medida para que ni siquiera haya una divergencia de opinión.

Mañana mandaremos los procesos verbales de los pueblos y del ejército sobre la Presidencia del general Duarte”.

Vista la declaración del Comandante del ejército Manuel Leguisamón, en que dice: que por comisión de los generales J. P. Duarte, Francisco Sánchez y del teniente coronel P. Pina, entonces miembro de la Junta, colocado en ella por la voluntad de los mismos, y del Sr. Juan I. Pérez que hacía de Secretario, fué a las Comunes que componen el departamento del Seybo, con las miras de propagar en ella que la Isla había sido vendida a los Franceses por tres millones de pesos:

Vista la declaración del comandante de la plaza, general de brigada Joaquín Puello, en que parece: que al momento de aproximarse a los muros de la Ciudad el día 12 de Julio último, el ejército libertador que tan heroicamente maniobró en las fronteras del Sud, después de haber sufrido las penalidades de la guerra, el hambre y la desnudez, el dicho Pina y Pérez se presentaron a él, instándole a que saliese con los cañones violentos y la tropa que de antemano se hallaba acuartelada, para impedir la entrada del dicho ejército, habiendo sido notorio y bien verificado que en los fuertes de la Concepción y en el de la Puerta del Conde se le abocaron cañones cargados de metrallas, unos con dirección al camino, y otros sobre el noble pueblo de esta ciudad, que manifestó en estas circunstancias su repugnancia a estas maquinaciones, y su fidelidad a los principios del Manifiesto y del Gobierno que fué creado junto con la revolución misma; a cuya sollicitación se negó el dicho general comandante de la plaza:

Vistas varias notas oficiales de las autoridades de la Ciudad de la Vega y otros pueblos del Cibao, que atestan: que el general Mella con abuso del poder que se le había

confiado, levantó tropas en aquellos departamentos a pretexto de una mal formada conspiración en favor del gobierno Haitiano: que los comandantes Gregorio del Valle, J. E. Jiménez y el capitán J. J. Illas, secretario del general Mella, estuvieron en las comunes de la Vega y Macorís, escitando a la revolución y a que los pueblos se reuniesen para proclamar la Presidencia del general Duarte, cuyas proposiciones no hicieron titubear la fidelidad de aquellos habitantes que no alteraron sus principios ni su fe política:

Visto el despacho que en 23 de Julio concedió el general Duarte al teniente coronel Manuel Mejías, comandante de la plaza de la Vega, para por este medio alhagarlo y atraerlo a su partido, como lo dice el mismo comandante, titulándose Duarte, Presidente de la República Dominicana; todo lo cual prueba que ecsistía entre los generales Duarte, Mella, Francisco Sánchez, los comandantes Pedro Pina, Gregorio del Valle, Juan Jimenes, el capitán Juan José Illas y el Sr. Juan I. Pérez, un plan formado de destruir el gobierno, de erijir contra el orden, los principios y la voluntad del pueblo, Presidente al general Duarte: que se ha ecsitado a los pueblos a armarse los unos contra los otros, ya queriendo persuadir a una porción, que se había enajenado el país a una nación estrangera para esclavisarlos, ya queriendo salir a batir al ejército al aprocsimarse a los muros de la Ciudad, en lo que ha habido voluntad, unidad entera y definitiva entre los individuos indicados, y otros cómplices y adherentes en la revolución en que Duarte figuró a la cabeza, habiendo a más un principio de ejecución manifestado por actos anteriores que deben estimarse como el crimen mismo, puesto que si no se llevaron al cabo los planes, ha sida

por circunstancias independientes de la voluntad de sus autores, y por la resistencia que los pueblos opusieron a estos proyectos criminales y descabellados:

Considerando: que estos atentados jamás son severamente reprimidos, porque ante todas cosas se ha de velar a la conservación del orden y de la causa pública:

Considerando: que la notoriedad de un hecho releva de la necesidad de pruebas:

Considerando: que el derecho de gentes, que aun en los casos de justos motivos de queja, las violencias turbativas del orden público son crímenes, porque los agraviados deben dirigirse a los magistrados, y cuando no se les haga justicia pueden elevar sus quejas a quien ejerce en la sociedad el poder supremo:

Considerando: que en iguales circunstancias es de necesidad obrar a verdad sabida, fé guardada y con la primera mira de salvar la salud pública, que es la suprema ley; y sin embargo de que las leyes en vigor y las de todas las naciones han previsto la pena de muerte en iguales casos, usando el Gobierno de la facultad paternal que le caracteriza, y por otros motivos de equidad y consideración:

Declara: que los Generales de brigada J. P. Duarte, Ramón Mella, Francisco Sánchez; los comandantes Pedro Pina, Gregorio Del Valle, Juan Jimenes y el capitán J. J. Illas y el Sr. J. Isidro Pérez, secretario que fué de la Junta Central Gubernativa, han sido traidores e infieles a la Patria, y como tales indignos de los empleos y cargos que ejercían, de los que quedan depuestos y destituidos desde este día; ordena que todos ellos sean inmediata-

mente desterrados y estrañados a perpetuidad del país, sin que puedan volver a poner el pie en él, bajo la pena de muerte que será ejecutada en la persona del que lo hiciere, después que sea aprehendido y que se justifique la identidad de su persona; a cuyo efecto, se le da poder y facultad a cualquier autoridad civil o militar que verifique la captura: todo esto sin perjuicio de las indemnizaciones civiles que deban al Erario público, o a algunos ciudadanos particulares, por la mala versación que hayan tenido en sus empleos, por el abuso del poder que hayan hecho o por los daños y perjuicios que hayan causado.

La presente disposición será ejecutada por el Gefe Supremo militar, quien puede tomar todas las medidas de precaución y seguridad que juzgue oportuna. Queda esta causa abierta contra otros individuos complicados en el mismo crimen que se encuentran en estado de arrestación en esta capital, o que puedan ser descubiertos en adelante, para recoger las aclaraciones necesarias e imponerles también las penas a que se han hecho acreedores, o que el gobierno juzgue adecuada para escarmentarlos y asegurar la tranquilidad pública.

Dada en la Ciudad de Santo Domingo a 22 de Agosto de 1844 y lo. de la Patria. El Presidente de la Junta, Gefe Supremo, Pedro Santana, Jimenes, Bobadilla, Félix Mercenario, Toribio Marión, J. Tomás Medrano, N. Linares, Toribio L. Villanueva, F. M. Marciano, Secretario ad-hoc”.

Este documento, horrenda manifestación primera del bajo nivel a que había descendido nuestra incipiente vida republicana, fruto del consorcio de la primitividad hecha gobierno y sus cómplices ilustrados.

En cumplimiento de lo dispuesto, el 26 de agosto fueron puestos a bordo del bergantín inglés “Capricorn” los principales prisioneros: Francisco Sánchez, Ramón Mella, Pedro Alejandrino Pina y Juan José Illás. El barco se dirigía con carga dominicana al puerto de Liverpool, vía Saint-Thomas. El capitán Leweling no aceptó más pasajeros, y en la cárcel quedaron Vicente Celestino Duarte, su hijo Enrique, Manuel María Valverde, los hermanos Félix y Montblanc Richiez, José Ramón Ortiz, Buena-ventura Freites, José Díez, Mariano Changas, Rafael Rodríguez y Cesáreo Prado, en espera de despachárseles al extranjero en próximas oportunidades.*



Duarte y otros héroes son llevados a prisión por la soldadesca santanista. Serán deportados. Dibujo por Gonzalo Briones.

* A los primeros ilustres expulsos les tocó la mala suerte de naufragar tres meses después en el mar de Irlanda. Fueron recogidos en la costa irlandesa y llevados a Dublín, en donde sufrieron por unos días los rigores de la indigencia. Conocida más tarde su calidad, el gobernador O'Connell los recibió y protegió, facilitándoles el reembarco con destino a Curazao.

Al siguiente día, 27 de agosto, amarraba al muelle de Puerto Plata la goleta de guerra “Separación Dominicana” mientras el espíritu de Duarte sangraba en su Gethsemaní. Por propia determinación, el caudillo patriota se había desarticulado de las intrigas politiqueras y rehusaba el apoyo que todavía le ofrecían algunos hombres de armas al tiempo que su acérrimo enemigo Pedro Ramón de Mena, hecho dueño de la fortaleza de San Felipe, formaba en el patio del recinto militar un escuadrón de infantería con bayoneta calada, para cumplir la orden de prisión dictada en la capital contra Juan Pablo. Sabía donde estaba, como todo el mundo lo sabía, y allá se encaminó con sus soldados.

En ningún momento había pensado Duarte en esconderse. Tampoco sus amigos creyeron del caso ocultarlo a sus triunfantes adversarios. El era un inocente, a todas luces. Pero como era un inocente cuya sola presencia influía en los ánimos y molestaba a los contrarios, sus adeptos quisieron su traslado al campo para evitar contingencias callejeras. Apenas concebían que Santana ejerciera contra él una persecución directa.

Los hombres dirigidos por De Mena rodearon la casa de Dubocq y sorprendieron a Gregorio del Valle, Juan Evangelista Jiménez y demás oficiales duartistas, reduciéndolos a la impotencia. El antiguo delegado de Bobadilla tocó a la puerta con la orden de prisión en la mano. Estaba pálido y tembloroso. Había sido subalterno de Duarte en la revolución de la Reforma y conocía su grandeza y falta de culpa. Fue recibido por Dubocq, quien enterado con asombro del objeto de la visita llamó a su huésped. Este se acercó a De Mena, lo saludó en la forma urbana a que estaba habituado, y le dijo:

—Aquí me tiene a sus órdenes.

Su serenidad contrastaba con el desasosiego del representante del poder, que no atinaba a articular palabra ni a moverse de su sitio. Duarte, erguido frente a él, callaba y esperaba. La tranquila expresión de su rostro parecía decir: *He aquí llegada la hora. El Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores.*

De Mena mostró al fin el pliego que traía y ordenó al teniente del escuadrón esposar al buscado. El patricio ofreció sus manos y nada dijo. Se quedó mirando el férreo artefacto cual si preguntara: “¿Como a ladrón habeis salido con espadas y con palos a prenderme?”

Había comenzado la pasión del redentor dominicano. Luego habló dirigiéndose a De Mena:

—¿De qué se me acusa?

No recibió respuesta.

—Espero que se me hará justicia —agregó.

Fue luego colocado con los miembros de su escolta entre la doble hilera formada por el escuadrón, y se inició el desfile montaña abajo.

Pedro Eduardo Dubocq no fue hecho preso pero quiso acompañar a los detenidos hasta la fortaleza.

El benemérito padre González Regalado fue testigo del paso de Duarte cautivo por las calles de Puerto Plata, camino de la cárcel. Como el testimonio escrito que dejó tiene importancia de fuente, aquí se transcribe:

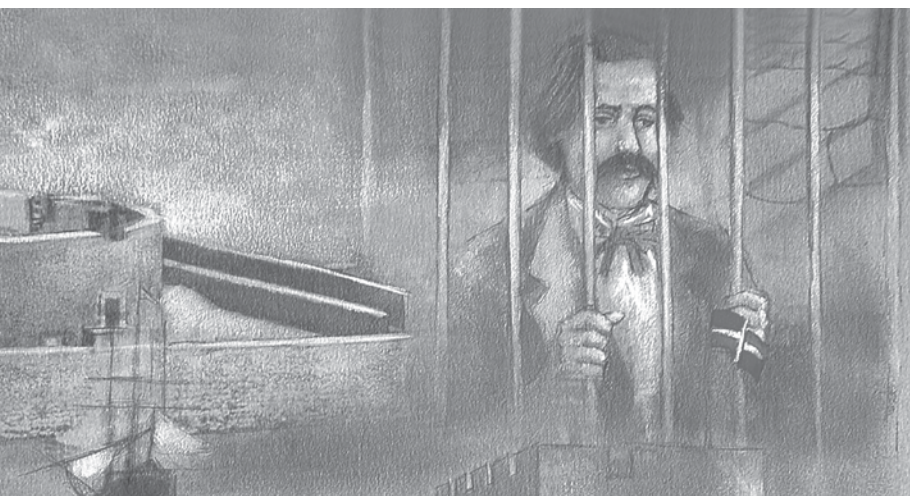
En la tarde del 27 de agosto cruza Duarte la ciudad desde una hacienda cercana entre las faldas de Isabel de Torres, camino de la fortaleza. Le acompaña, como único amigo, su noble protector don Pedro Dubocq. A pocos pasos detrás, el grupo de aprehensores.

Momentos antes había sido el apóstol aprehendido por criminal determinación del buitre sureño que sintiera su trágica grandeza opacada por los rayos del radiante astro trinitario.

Juan Pablo es encerrado en un calabozo del viejo torreón de San Felipe, con Del Valle, Evangelista y demás leales. Es una lóbrega celda que sigue la forma circular del edificio, con puerta y ventana al Sur.

Cae la noche y allí está el prócer sentado en el suelo, cerca de los hombres que han seguido su suerte. A la serenidad inicial ha sobrevenido la fiebre. Siente martillazos en las sienes. Su cabeza se nubla de un modo que le recuerda la crisis palúdica de Curazao. Horas eternas transcurrieron sin el alivio del sueño y sin que su mente aturdida atinara a poner claridad en sus ideas. Pudo haber dicho como el santo de su segundo nombre, Pablo de Tarso, en situación parecida:

Heme aquí preso, varones hermanos, no habiendo hecho nada contra el pueblo, ni contra los ritos de la Patria.



Abismado en insondable tormento, sintió en su alma la tristeza de la muerte:

— ¡La muerte! ¿Por qué no viniste cuando te quise? ¿Por qué no vienes ahora, oh muerte, a sacarme de esta hoguera; a apagar por siempre esta sed de comprender al hombre, criatura de Dios y juguete del infierno? ¿Cómo conciliar los designios divinos con el triunfo del odio, la crueldad y la injusticia?

La luz del día lo serenó nuevamente y así lo encontró el padre González Regalado. Demos paso otra vez a su testimonio:

Venciendo la repelente rudeza de las autoridades santanistas y como sacerdote que iba a llevar consuelos espirituales a un detenido, encamíneme al fuerte al día siguiente, 28 de agosto, conduciéndoseme a una celda encajonada y sombría del castillo, que ya me era conocida.

No me fue permitido pasar de su vestíbulo al negarme ofendido a que se me registrara. Duarte, al verme, acercó su atormentada cabeza como nimbada de dolor y desventuras contra los enmohecidos barrotes de la puerta. Qué de hondos tormentos agobiaban aquel espíritu. Hablamos con fraterna comprensión de aquel maremagnum de pruebas tan pesadas. Dígame de mis gestiones para contrarrestar la anarquía que veía entronizarse en la recién constituida República y de mis esfuerzos por alentar a los buenos dominicanos hacia una agrupación de hombres de decoro patrio, capaces de oponerse a la dictadura. Que confiaba en el Cibao y en el general Mella y sus amigos para encaminar aquellos ideales de trascendencia patriótica. Muchos no oyeron mis reclamos y otros, los menos, nada pudimos. Se requería derramar sangre, victimar hermanos y todos veíamos con horror

aquel paso tormentoso para nuestras conciencias, hechas a las batallas del espíritu.

Duarte, quien me había escuchado como en místico arrobamiento o éxtasis profundo, estremeciéndose de súbito:

Quisiera abrazarte, padre, y que me dieras fortaleza y templanza en este instante tan amargo. Me ha asaltado el temor de que se me fusile y quiero que me confieses. Morir, cuando aun hay tantos esfuerzos que prestarle a la Patria. En estos días he vacilado entre una determinación violenta o alejarme de estos vínculos santos con la libertad y el patriotismo. Mas parece que todo ha sido tardío y que un sino de tormentos se cierne sobre nosotros.

El inconsciente carcelero nos contemplaba limitándose a escuchar nuestro diálogo. El también, aunque sin alma para reflejar el dolor que emanaba de aquel tormento emotivo de sensaciones, sentíase aparentemente dominado ante la cegante claridad que inundaba a aquel hombre inmaculado.

Dejé a Duarte aquella tarde consolado. Me dijo que debía rogar por su suerte lanzada en el abismo. Dios es amor y El había de darle consuelo a un afligido de su temple.

Quise verle de nuevo, pero fueron inútiles mis protestas. Se le había comunicado por órdenes de Santana.

Por el carcelero supo Duarte que un buque de guerra había llegado al puerto en busca suya.

—Otro barco ha surcado los mares en pos de mí — pensó el prisionero. —El primero, la Leonor, para traerme en triunfo al suelo patrio. Este segundo para llevarme a la muerte a la capital de la República. ¿Qué ha ocurrido en estos cuatro meses para tanta diferencia?

Siente que la fiebre le nubla el pensamiento.

—¿Qué barco es? — pregunta.

La goleta “Separación Dominicana” responde el carcelero.

—¡La Separación Dominicana! ¡Se llama así por la obra de los Trinitarios y los Febreristas!

El padre de la Patria sonríe amargamente y por un rato queda absorto, sacudido por el latir de sus arterias. Luego agrega:

—Esa goleta se cubrió de gloria en Tortuguero el 15 de abril. ¿Quién la comanda?

El capitán Cambiaso.

—Es noble y valiente ese marino, viejo iniciado en la trama de la independencia. Lástima que acate ahora las órdenes de un réprobo.

Al patricio le arde la piel, rosada y seca por la fiebre; los ojos, acuosos y mortecinos, le brillan intensamente; en su cabeza siente un entrechocar de ruidos atronadores; las fuerzas le abandonan; un escalofrío recorre sus huesos y le hacen temblar de pies a cabeza. Casi no ha probado alimento desde que lo prendieron.

Avisadas por el carcelero, a las autoridades les preocupa la condición en que se encuentra el ilustre prisionero y ordenan dispensarle los cuidados necesarios.

¡Traidores los que de lealtad sobran!

Lo que va a ocurrir ahora es un hecho extraordinario; una hazaña tan rara e increíble, que corre el riesgo de parecer una leyenda. Pero es historia cierta y verdadera. Un hecho real cuya autenticidad puede mostrarse a quienquiera lo ponga en duda.

Hacia el 29 o 30 de agosto está Duarte echado en el camastro que le han proporcionado y llama su atención un rumor en el patio del cuartel. Oye voces agitadas que discuten y se acercan. Le parece reconocer el acento característico de un amigo entrañable. Lo atribuye a efectos de la calentura. Los gritos continúan y se hacen más claros. Se levanta y se asoma a la ventana. Ya no es solamente la voz lo que le es familiar; es también la figura.

—¡No pudo creerlo! —exclama. —Aquel hombre que discute y forcejea es Juan Isidro Pérez; mi querido y noble amigo; el fervoroso trinitario de la divisa amarilla que tantas almas conquistó con su verbo y su ardorosa actuación en las tablas; el abnegado patriota que conmigo padeció el exilio y todo lo dio por la libertad; el compañero en la jornada del 9 de junio; ¡¿cómo ha podido venir a Puerto Plata?! ¡Podrían fusilarlo! ¡Pobre amigo! ¡Dios lo salve!

Ahora puede distinguir claramente lo que dice:

—¡Necesito reunirme con Juan Pablo Duarte. ¡El es mi maestro y jefe! ¡Me liga a él un juramento sagrado!

—Le ordeno que se detenga. Si no me obedece sufrirá las consecuencias —le grita un oficial. —Espere a recibir la autorización que he pedido al comandante, de encerrarlo en la celda de los presos políticos.

Duarte no sale de su asombro. Ni acierta a explicarse lo que ven sus ojos.

—No deliro, sin duda. Lo que veo y oigo es real. Ese es Juan Isidro.

Varios soldados mantienen agarrado al fogoso trinitario y cuando éste nota al carcelero con su mazo de

llaves en las manos, en espera de órdenes, hace intento de quitárselas para abrir la puerta del calabozo en que sabe está Juan Pablo:

Duarte se acerca a los barrotes de la entrada, al tiempo que le es franqueado el paso a Pérez. Cuando éste entra y vislumbra a Duarte en la obscuridad, va hacia él y se le abraza. Así permanecen un rato. La emoción los ahoga.

—¡Juan Pablo! ¡Mi venerado caudillo! — exclama Juan Isidro. —Aquí estoy al fin a tu lado para compartir el inmerecido castigo que te imponen los enemigos de la Patria! Tú, que todo lo has dado por el bien de tu pueblo, sufres ahora el vía crucis condigno a tu obra de redención. *¡Qué injusticia! ¡Sé que vas a morir y he venido a cumplir el sagrado juramento de dar mi vida junto con la tuya!*

—¡Cómo has hecho esto, querido Juan Isidro! ¡Por qué has decidido morir conmigo, si tu vida es tan preciosa! ¡Este rasgo tuyo es superior a todo lo imaginable; es superior a cuanto puede hacer el más devoto de los amigos y el ser más consecuente con un juramento y con un ideal! ¡Cómo has logrado venir hasta aquí! ¡Cuéntame!

Los dos se observan y comprueban el desmedro de sus respectivos cuerpos. Luego mal se acomodan en la orilla del camastro mientras los compañeros de prisión los rodean. Una fuerza interior los anima.

—¡Sí, te contaré, mi querido Juan Pablo! Al enfrentarme a Santana el 15 de julio y salvarme Felipe y Saint-Denys de una muerte segura, como quizás lo sabes ya, quedé asilado en el consulado francés. De ahí me pasaron días después a la bricbarca “Euryale”, que navegaba en aguas dominicanas y recorría el mar Caribe. Estuve mu-

cho tiempo en esa embarcación, que fue a recalar hasta Saint-Thomas. Me hice gran amigo de su capitán y de los miembros de su tripulación. Ellos todos me tomaron cariño. Por ellos supe que estabas en Puerto Plata y que Santana había dado orden de prenderte para hacerte fusilar. Esta noticia me sobrecogió de dolor. Desde ese momento mi más ardiente deseo fue reunirme contigo y correr tu misma suerte. Sentía que ese era mi deber. Se lo dije muchas veces al capitán. Le rogué tomar el rumbo de este puerto y me permitiera desembarcar aquí. El se negaba rotundamente. Ayer, navegando desde el Este sobre el litoral Norte, y no valiendo mis constantes ruegos, le hice saber al capitán que si no me dejaba en Puerto Plata me quitaría la vida tirándome al mar.

—Es que lo prenderán y lo fusilarán, *mon cher ami*. Yo no puedo hacerme responsable de ese hecho. Yo tengo la orden de protegerlo a Ud. en mi barco.

—Bien —le repuse—, pues si usted no quiere permitirme desembarcar en Puerto Plata para evitarme un probable riesgo, lo que va usted a conseguir con su negativa es mi muerte segura: Ahora mismo me lanzaré al agua.

Y diciendo esto corrí hacia la borda. Ya estaba subido en ella cuando recios brazos me sujetaron y fueron inútiles mis esfuerzos por zafarme. Mi lucha continuó por horas hasta que hoy al fin el capitán, compadecido de mi desesperación y dándome una prueba de gran aprecio, convino en acceder a mi demanda, no sin antes hacerme firmar una declaración. Vine derecho al fuerte una vez cerciorado de que estabas preso aquí, me identifiqué y me constituí en prisionero pidiendo se me encerrara contigo.

—¡Qué dolor! y al mismo tiempo ¡qué consuelo siento al verte aquí conmigo! — le dijo Duarte enternecido. —Tu decisión raya en lo sublime! Y agregó: —Si la suerte nuestra y la de los patriotas que sufren prisión en Santo Domingo ha de ser la muerte, cuánto quisiera reunirme con Francisco, Ramón, Pedro Alejandrino, mi hermano Vicente y con los demás valientes que han permanecido leales al juramento del 16 de julio.

Fue interminable el diálogo que continuaron sosteniendo los dos Trinitarios. La fuente de sus temas comunes parecía inagotable. Cuántas evocaciones, cuántas añoranzas. Hasta rieron en ocasiones recordando episodios jocosos. En el curso de la conversación obtuvo Duarte todas las noticias que pudo darle Juan Isidro acerca de su familia y amigos y sobre cuantas cosas exigió a éste la ansiedad de saber de su maestro. Muy entrada la madrugada, el sueño impuso un punto final al animado coloquio.

No tardó el momento en que los prisioneros fueron conducidos a la goleta “Separación Dominicana”. En ella los recibió y acomodó el capitán Cambiaso con cortesía, no obstante la condición de reos del delito de sedición de los patriotas vencidos. El joven marino genovés apenas podía disimular la contrariedad y hasta la consternación que le causaba tener que convertirse en ocasional carcelero de hombres que apreciaba por su heroísmo y virtudes y con quienes había cooperado para que el pueblo dominicano sacudiera el yugo que lo oprimía.

Hasta Puerto Plata había llegado ya la noticia de que el 22 de agosto la junta de gobierno presidida por Santana había resuelto cambiarles la pena de muerte —que

según aquella les correspondía— por la de expulsión a perpetuidad, pero no se conocía el texto de la resolución. Cambiaso se congratuló con ellos por habérseles salvado la vida y les expresó la esperanza de ver de nuevo unidos a todos los dominicanos.

—Confío en que la Providencia seguirá protegiendo al pueblo dominicano —fue la respuesta de Duarte.

Después de navegar con alguna lentitud hasta el canal de la Mona, el buen viento propio de la época condujo rápidamente la nave hasta el puerto de Santo Domingo. En la madrugada del 2 de septiembre estaba ya anclada en el placer del Estudio, frente a la ciudad de prematura vetustez.

En la mañana, el ir y venir de una chalupa entre el muelle y el barco indicó a los habitantes que algo extraordinario ocurría. En el puerto y desde los batiportes alguna gente advirtió el inusitado movimiento y no obstante la reserva de los agentes del gobierno se extendió por toda la apesadumbrada población la noticia de que la goleta “Separación Dominicana” estaba en el ante-puerto, a lo cual agregábase por lógica inferencia que traía a Duarte preso desde Puerto Plata. Esta suposición se acentuó más tarde al observar los vecinos que la guarnición había sido acuartelada y de la fortaleza salían patrullas con bayoneta calada para apostarse en las esquinas, especialmente en las calles de las Damas y de Santa Bárbara.

A medio día había ya una doble hilera de soldados desde el muelle hasta la puerta de prevención de la Fuerza y dos piezas de artillería eran trasladadas a la puerta de San Diego. A la popularidad de los caídos había que oponer el argumento de las armas. Rosa Duarte dice en

los *Apuntes* que la razón de estas medidas fue haberse descubierto un plan para rescatar a los prisioneros.

A esa hora no se susurraba solamente que traían a Duarte. No se sabe cómo se coló la especie, pero se supo y circuló *soto voce* la noticia de que venían presos “los tres Juanes”, esto es, Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez y Juan Evangelista Jiménez.

No podía ocultarse a doña Manuela y a sus hijos el escaqueo oficial en aquella mañana y la penosa expectación del vecindario, pero nadie osaba transmitirle la tremenda novedad. Fue otra vez el doctor y sacerdote Fray José Antonio de Bonilla quien con los recursos de su mente ilustrada y con su piedad cristiana se hizo cargo del problema de ir a la casa de los Duarte y poner al corriente de lo que ocurría a la ansiosa matrona.

Eran las doce del día y ya él tenía confirmada la certeza de la versión propalada en el pueblo. Efectivamente, Juan Pablo estaba preso a bordo. Se dirigió a la adolorida madre e inició sus palabras así:

—*Señora: la mano de Dios está amorosamente sobre vuestra cabeza y sobre vuestra familia. Implore su misericordia. Juan Pablo está preso y desembarcará esta tarde. Bienaventurados los que lloran.*

Ante el sufrimiento callado de aquella familia, el Padre Bonilla, y con él otros amigos leales, continuó en su compañía dirigiéndole frases de consuelo y no la dejó hasta notarla reconfortada y esperanzada.

Abordo de la goleta, todavía en el estuario, han visto Duarte y compañeros cautivos que llegaban hombres de caras torvas, conversaban con Cambiaso y se iban.

Una copia impresa de la resolución gubernativa del 22 de agosto le fue entregada al capitán y éste se la pasó a Duarte. El patricio la leyó y por un momento quedó como ausente, la mirada vidriosa en el horizonte. Luego musitó:

—¡Traidores a la Patria! ¡Nosotros traidores a la Patria! ¡Los creadores de la Patria declarados traidores a la Patria! ¡Dios mío! ¡Hasta dónde es capaz de llegar la falsía y la perversidad de los hombres! ...Me corrijo; no puedo llamar hombres a quienes cometen tan horrenda injusticia; a quienes fingen ver y castigan como traición lo que es suprema lealtad. Podrán tener figura humana pero no son hombres: Los llamaría “orcopolitas”: ciudadanos del infierno... Espero que tarde o temprano la Providencia haga justicia.

Cuando a las cuatro de la tarde, una vez atracada la goleta al muelle, recorrieron a pie y entre bayonetas el trayecto del embarcadero a la torre del Homenaje, tras la doble muralla de aceros dispuesta a lo largo de la calle había otra de corazones heridos. En aquel momento, las lágrimas de los santodominguenses sustituyeron la emblemática flor de la “filoria”.

A Juan Pablo, Gregorio del Valle y Juan Evangelista Jiménez se les notaban las señales del quebranto de su salud, sobre todo al primero, en cuya amplia y pálida frente se concentraban las miradas. El único que lucía saludable, no obstante su delgadez, era Juan Isidro Pérez. Su expresión era de orgullo y sus movimientos firmes, como feliz de pregonar con su presencia que él voluntariamente compartía la suerte de su venerado caudillo.

En la secular fortificación, el calabozo conocido como “el Profeta” fue la lúgubre estancia que albergó a los patriotas. En celdas cercanas estaban Vicente Celestino, su hijo Enrique, Rafael Rodríguez, Cesáreo Prado y los hermanos Félix y Montblanc Richiez. Los otros anteriormente encarcelados habían sido deportados o libertados ya.

Con esa aguda percepción e interpretación de lo percibido que se desarrolla en los presos incomunicados, éstos se dieron cuenta de quiénes eran los recién llegados. Bien pronto resonaron en las pétreas bóvedas de la vieja prisión los recíprocos saludos, cálidos mensajes de afectos y nostalgias entre hermanos que se oían y no se veían.

En la cárcel del Homenaje Duarte fue peor tratado que en la de Puerto Plata. Se llegó al extremo de engrillar a aquel inocente que sólo había dado ejemplos de nobleza y bondad. Es un detalle espeluznante que casi paraliza la mano de quien debe consignarlo y mueve a un dolor indignado que nunca se extinguirá.

En años recientes un probo ciudadano que lo rememoraba, a propósito de una de esas vicisitudes que afligen de tiempo en tiempo a la comunidad dominicana, comentó: *Ese pecado lo estamos pagando todavía.*

El recuerdo de los hierros lacerantes aplicados a sus pies es lo que seguramente hará decir al propio Duarte, en nota de fecha posterior que Rosa copiará en los *Apuntes*: *Echemos un velo sobre los días que transcurrieron hasta mi embarque para Hamburgo...*

Ocho días estuvieron incomunicados los prisioneros, en espera de que se les lanzara al destierro. Durante ese tiempo, a las durezas del cautiverio se agregó en Duarte

la amargura de oír roncadas voces que lo vilipendiaban y amenazaban, procedentes de grupos expresamente enviados al patio del recinto militar.

Promediaba el día 10 de septiembre cuando los detenidos fueron sacados de sus celdas y se les anunció que serían embarcados. A las familias de los presos les fue permitido saludarlos y proveerlos de ropa gruesa, así como de algunas monedas reunidas entre parientes y amigos. Luego se les entregaron sendos pasaportes y esperaron.

A las seis de la tarde —relata el propio Duarte—, rodeados de numerosa tropa bajamos al muelle. Yo iba enfermo, con las calenturas que había traído de Puerto Plata. Me apoyaba para poder andar en los brazos de mi hermano Vicente y su hijo Enrique. Al llegar al bote que debía conducirnos a bordo del buque nos hicieron separar; pues los opresores de la Patria, para hacernos más dolorosa la separación nos confinaron a distintos puntos. Mi hermano Vicente y su hijo Enrique fueron confinados al Norte de América.

Es fácil imaginar el desconsuelo de los tres al darse cuenta de que no viajarían juntos. Si para trasladarse al embarcadero necesitó Juan Pablo de la ayuda de hermano y sobrino, cuánta más falta le iban a hacer para seguir supliendo la inanición del quebranto y para compartir los escasos recursos de que dispondrían.

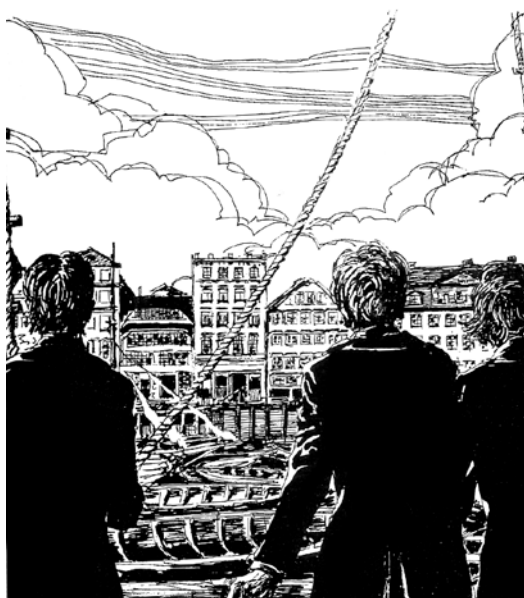
El bote estaba destinado a conducir a Duarte, en compañía de Juan Isidro y los hermanos Richiez, a un bergantín alemán fondeado en la rada que zarparía esa noche con destino a Hamburgo vía Saint-Thomas. Vicente Celestino, Enrique, Gregorio del Valle y Juan Evangelista

Jiménez serían llevados a otro barco que salía para Nueva York.

La noche había caído y desde el bote que se alejaba vio Duarte desdibujarse en las sombras, como si desaparecieran por siempre, las siluetas de sus seres queridos y los contornos de su ciudad natal, que nunca más volvería a ver.

El recuerdo de aquel momento y de las tristes palabras de despedida; la imagen de aquella noche oscura y silenciosa, proyección exterior de la congoja de su alma, le siguieron acompañando en el viaje, asociados a las reflexiones que le provocó ver el horror de deportar como traidores a quienes más leales habían sido con su pueblo.

Bajo la dirección del médico de a bordo y validos de un botiquín en que estaban previstas las endemias tropicales, Juan Isidro y los Richiez sólo vivían para cuidar a Juan Pablo, con la ayuda solícita del capitán y oficiales de la nave. De este modo le hicieron sobrellevar sin mayor peligro la crisis palúdica. A su mejoría contribuyó también el cambio al aire puro de alta mar. A medida que volvían sus fuerzas realizaba él los ejercicios diarios a que se dedicaban los tripulantes y los pasajeros.



Duarte y sus compañeros llegan al puerto de Hamburgo. Dibujo por Gonzalo Briones.

Transcurrían los días en la larga travesía atlántica y en el espíritu de Duarte se iba operando una transformación. Como quien llegaba al término de la vida o como quien veía cumplida una misión, por su mente pasaban en visión panorámica todas las etapas de su lucha: la afrenta de aquel capitán de barco que lo llevaba a Nueva York; el juramento en su corazón; el regreso a la patria esclavizada y la prédica a la conciencia de sus amigos; la Trinitaria y su callada labor de propaganda y proselitismo; la Filantrópica y la Dramática; los trabajos y vicisitudes del año 43; el exilio forzoso; la obra libertadora de sus lugartenientes; el regreso triunfal a la patria redimida; la campaña; las pugnas y desengaños de la agitada etapa inicial de la República; el enfrentamiento con Santana; su desprecio de una presidencia por aclamación y su abandono voluntario de la lucha partidista al disiparse el peligro contra la independencia; el desenlace doloroso de su carrera política.

En sus cotidianas oraciones pedía a Dios por su pueblo y le complacía imaginar que, salvada la paz y no habiendo dejado situaciones de rivalidad, la República continuaría consolidando su existencia, desarrollando sus recursos y proveyendo a la ilustración y bienestar de sus hijos. Una vez llevada a cabo la empresa de la liberación, con la ayuda de la Providencia, a él le correspondía retirarse, perdonar los agravios y dejar a otros patriotas la dirección del Estado. Confiaba en que sus enemigos serían benignos con su familia y en la capacidad de su hermano menor, Manuel, para llevarle el pan de cada día.

En este estado de conciencia afloró en Duarte la latente vocación poética. Su mente estaba poblada de recuerdos imágenes y pensamientos que en la quietud de la prolongada navegación pedían con insistencia una forma corpórea.

Quien intuye el amor no intuye al odio. Este postulado axiológico tiene en Duarte una manifiesta confirmación. El él se replegaron los ardores del debate político y pronto predominó en su alma una condición de tristeza tranquila en que no cabían los arrebatos de la ira. Así lo revela la primera composición en versos salida de su numen de que se tiene noticia, que evoca el momento de su salida al exilio. Es una manifestación literaria de quien no sabía odiar, de quien no respondía al odio con el odio, porque era grande su capacidad de amar. Él estaba siendo víctima de la maldad de sus enemigos, pero la resonancia que ésta tuvo en su alma vino a ser una evocación serena, una queja dulce, como lo expresan los veinte y seis versos de aquel poema, que fue pasando de su pluma al papel ante el imponente océano y al constante balanceo de la nave, camino de su nórdico destino. La forma magistral en que está escrita la poesía, cuyos méritos estilísticos han sido destacados por la crítica más autorizada inducirían a pensar que no fue ese el primer intento de Duarte de poner en versos sus vivencias íntimas. Lo intituló “Romance”:

*Era una noche sombría
y de silencio y de calma;
era una noche de oprobio
para la gente de Ozama;*

*noche de mengua y quebranto
para la Patria adorada.
El recordarla tan solo
el corazón apesara.*

*Ocho los míseros eran
que mano aviesa lanzaba
en pos de sus compañeros
hacia la extranjera playa.*

*Ellos que al nombre de Dios,
Patria y Libertad se alzarán;
ellos que al Pueblo le dieron
la independencia anhelada,
lanzados fueron del suelo
por cuya dicha lucharán.*

*Proscritos, sí, por traidores
los que de lealtad sobraban.*

*Se les miró descender
a la ribera callada;
se les oyó despedirse,
y de su voz apagada
yo recogí los acentos
que por el aire vagaban.*

Uno de los ocho “míseros”, el principal, era él mismo, pero al recordar el episodio prefirió colocarse en la posición de un espectador que habla de terceras personas. Sin duda su estado de beatitud cristiana le impuso el medio



Dibujo por Gonzalo Briones, tomado de *Episodios Duarteños*, por Pedro Troncoso Sánchez.

más cómodo a la humildad para referirse a su propio mérito y a su estupor ante la iniquidad sin ejemplo.

— Fuente —

✱ “Vida de Juan Pablo Duarte”, Pedro Troncoso Sanchez. Colección Instituto Duarteño, vol XI, capítulos XXIX al XXXIII. 1975. Santo Domingo, Rep. Dominicana.

“Considera a la justicia como el primer deber del hombre y el fundamento de la felicidad social”.

Duarte y la Historia. Enrique Patín Veloz.

Si deseas saber más sobre nuestro insigne
Padre de la Patria Juan Pablo Duarte.

BIBLIOTECA DUARTIANA “ENRIQUE PATÍN VELOZ”



¡Visita!
nuestra
Biblioteca Duartiana
ENRIQUE PATÍN VELOZ

7000 ejemplares de textos para intelectuales,
profesionales y estudiantes, también
ofrecemos el servicio de Biblioteca virtual.

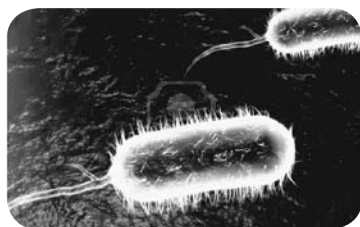
Isabel La Católica 309, Ciudad Colonial.
www.bibliotecduarte@gmail.com
Tel.:(809) 682-3761



El amor en los tiempos del cólera*

MARCOS DÍAZ GUILLÉN

El cólera, es una enfermedad diarreica aguda producida por la bacteria “*vibrio cholerae*”. Las pérdidas rápidas de líquido y electrolitos pueden llevar al enfermo a un estado de shock y muerte si no es tratado a tiempo. Ha sido una enfermedad poco frecuente en los países industrializados, sin embargo, lo es en otras partes del mundo como la India, sureste Asiático, Latinoamérica y África, por lo que es fácil entender, que el cólera es una enfermedad de la pobreza, de la gente que vive hacinada, de los que no han tenido acceso a la educación y al desarrollo en sentido general.



Robert Koch lo descubrió en el año 1883.

* Médico Pediatra, columnista del periódico Diario Libre. Tomado de Diario Libre, 01 de noviembre de 2010.

El cólera se adquiere ingiriendo líquidos y alimentos contaminados con la bacteria. En el brote o la epidemia, la fuente de contaminación son las heces fecales de las personas infectadas. La bacteria puede vivir en lagunas y ríos salubres y en aguas costeras, es rara la transmisión directa de persona a persona al menos que se tenga contacto con sus desechos y si además, se desconoce el hábito del lavado de las manos o no se dispone de agua corriente para hacerlo.

En una población con servicios de salud aceptables, a la que se le ha ofrecido por lo menos una educación primaria adecuada, el cólera puede aparecer, pero sus consecuencias nunca serían las que en pleno siglo XXI se están viviendo en Haití y las que han experimentado otros pueblos con características similares.

Las medidas que ha implementado el Ministerio de Salud de la República Dominicana ante la epidemia que sufre el pueblo haitiano son correctas, pero en Haití como en la República Dominicana siempre existirá el riesgo de una epidemia por cólera hasta que no se enfoque el desarrollo de nuestros pueblos poniendo énfasis en la educación y la salud y mientras la honestidad en la administración de las riquezas del país no sea la regla.

Viene a mi mente el nombre de una obra: *El amor en los tiempos del cólera*, una excelente novela que plantea muy bien el amor en todas sus modalidades, debiera ser ésta la denominación de una ejecutoria de amor para ayudar a Haití a salir de sus miserias. Pero llevada a cabo por las naciones que una vez arruinaron a ese pueblo, porque Haití no puede salir de su marasmo por sí sola, ni es una responsabilidad de los dominicanos por el solo hecho de compartir con ellos una misma isla.



**INSTITUTO DUARTIANO
MUSEO Y CASA DUARTE**

Isabel La Católica 308, Santo Domingo, Ciudad Colonial, República Dominicana

Tels.: 809.687-1436/ 809.687-1475/ 809.687-5288

Fax: 809.689-0326 • Web: www.institutoduartiano.org.do

E-mail: institutoduartiano@gmail.com

BIBLIOTECA DUARTIANA "Dr. Enrique Patín Veloz"

Tel.: 809.682-3761 • E-mail: bibliotecduarte@gmail.com